CUENTOS
Y POESIAS
MAS QUE PICANTES

Ex Libris

Russell P. Sebold, III

FL DRPS FA/1091
0E0077345

Cuentos y poesías más que picantes

(SAMANIEGO, YRIARTE, ANÓNIMOS)

Publícalos
por vez primera
un rebuscador
de papeles
viejos

Russell P. Sebold
DONACIÓN

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

CUENTOS Y POESÍAS

MÁS QUE PICANTES

Cuentos y poesías más que picantes

(SAMANIEGO, YRIARTE, ANÓNIMOS)

Publícalos
por vez primera
un rebuscador
de papeles
viejos

Russell P. Sebold
DONACION

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE

UNIVERSITAT D'ALACANT
UNIVERSIDAD DE ALICANTE
BIBLIOTECA
Nº COPIA.....

LA RECETA

De histérico una monja padecia
y ningun mes contaba
las calendas purpúreas que aguardada.
Al convento asistia
un médico arriscado
que por su ciencia conoció el estado
de la joven paciente
y cual era el remedio conveniente,
que con oculta treta,
en papel reservado,
pudo dar á la enferma por receta,
la que á solas leyó su contenido
y de este modo estaba concebido:

«Contra ese flato histérico receto
» un fregado completo
» en aquellos canales
» que los censos espelen mensuales.
» Yo, para esta faena,
» una tienta de carne tengo buena
» con que ofrezco curarla
» y la matriz tambien deshollinarla».
Esto leyó la monja, y deseosa
de cobrar su salud, pensó una cosa
con que deshollinada
quedase con la tienta recetada.
Para esto, de repente
con más fuerza el histérico accidente
fingió de tal manera,
que mandó la abadesa se tragera
el médico al momento,
y sin desconfianza en el convento
le dijo se quedase
en tanto que la monja peligrase.
Llegó la media noche y las campanas
á maytines tocaron:
las piadosas hermanas

de sus celdas al coro se marcharon,
quedando con la enferma una novicia
de bastante malicia,
y el médico, que en tanto hacia su cuenta
de como engañaria á la asistenta.
Esta, que, sospechosa del empeño,
fingió ceder al sueño
y vió que el esculapio prontamente
montaba á la paciente,
y que ella culeaba
mientras él la estrujaba
tanto, que la pobreta
tragaba suspirando la receta.
La novicia, por no llevar el gorro,
gritó: «¡Hermanas, socorro!
» acudan, que este médico maldito
» á nuestra hermana pincha el conejito».
Por pronto que á esta voz saltó del lecho
el agresor sin consumar el hecho,
las monjas que volaron
á la celda, llegando á tiempo, vieron
lo que nunca tuvieron
y siempre desearon:

hallaron á la enferma destapada,
vieron ¡ai! enristrada
la tienta valerosa
del médico en el aire, y que furiosa,
porque su operacion se la impedia,
con todas juntas embestir queria.
A tal vista una grita: «¡Es un impio!»
Otra dice: «¡Qué escándalo, Dios mio!»
Otra con mayor celo repetia
que sobre sí el delito tomaria
para evitar que luego
llegue sobre el convento á llover fuego.
En tanto que gritaban, la abadesa
llegó dándose priesa
en brazos de dos monjas apoyada,
con el peso encorbada
de ochenta y cinco años,
que le habian causado, entre otros daños,
almorranas, ceguera,
algo de perlesia y de sordera,
y una pronunciacion intercadente
por hallarse su boca sin un diente.
Esta, pues, enterada de la culpa,

vió que la delincuente se disculpa
mostrando la receta
que el médico operaba
con la tienta que en ella insinuaba.
La abadesa, discreta,
de la verdad queriendo cerciorarse,
en su nariz montó los anteojos
que eran auxiliadores de sus ojos;
mandó luego acercarse
al Galeno, que estaba bien armado
por no haber la receta consumado,
y alzándole con prisa
el cumplido faldon de la camisa,
esclamó meneando la cabeza:
«¡Bendígaselo Dios! ¡Soberbia pieza!
»No, no se le aventaja
»la de mi confesor, aunque es alhaja».

LA RELIQUIA

Un confesor gilito
en opinion de santidad estaba,
por lo que despachaba
de penitentes número infinito.
Ademas, este padre reverendo
llevaba en un remiendo
de su negra pretina
cosida una reliquia peregrina
con muchas indulgencias
que evitaban penosas penitencias
siempre que con dos dedos la tocaba
al tiempo de absolver al confesado,
y asi todo pecado

con esta ceremonia perdonaba.
De clases diferentes
el número creció de penitentes
sabiendo la escelencia
de la nueva indulgencia
que este varon profundo
igualmente aplicaba á todo el mundo.
Una moza morena
llegó á sus plantas de pecados llena,
con ojos tentadores, talle listo,
y unas tetas que hicieran caer á Cristo;
pues, conforme á la moda,
ya en taparlas ninguna se incomoda.
Empezó á confesarse,
y, qual todas, al sesto mandamiento
de varias poluciones á acusarse
con tanta contricion, que el movimiento
de su blanca pechera
simpatizó del frayle el instrumento,
como era natural, de tal manera
que le causó cuydado
sentirlo de repente tan hinchado.
La iglesia estaba oscura,

la gente no era mucha, y temeroso
de más descompostura,
el bendito varon acudió ansioso
al usado remedio
de empuñar con recato por en medio
el miembro rebelado,
y esto fué tan á tiempo executado,
que hizo un *memento homo*
pasándole la mano por el lomo.
La moza acabó en tanto
su confesion, y dijo al varon santo:
«Echeme, padre mio,
»la sacra absolucion en que confio,
»y apliqueme, le ruego, la indulgencia
»que su reliquia tiene,
»pues la virtud que en ella se contiene
»puede escusar más grave penitencia».
Oyendo estas razones,
de su meditacion medio aturdido,
el frayle volvió en sí dando un ronquido:
saca de sus calzones
para absolver la mano humedecida,
tócala en la reliquia consabida,

y en vez de bendicion echa rijoso
á la moza un asperges muy copioso.
«¡Virgen! — ella esclamó. — ¿Para qué es esto
»que me han echado en la cara?
»Sintiera que pegado se quedara,
»pues parece de gomas un compuesto».
A que respondió el padre: «Eso sin duda
»es ¡aí! que ha cometido un gran pecado,
»hermana, y perdonárselo ha costado
»tanto, que á mares la reliquia suda.»

LOS GOZOS DE LOS ESCOGIDOS

Iba un guardia de corps, lector amado,
á más de media noche apresurado
á su cuartel, y al revolver la esquina
de la calle vecina,
oyó que de una casa ceceaban
y que, abriendo la puerta, le llamaban.
Determinó acercarse
porque era voz de femenil persona
la que el lance ocasiona,
y sin chistar, á tiento,
de uno en otro aposento
por la misma tambien dejó guiarse,
hasta que al parecer llegó la dama

donde estaba la cama
y le dijo: «Desnúdate, bien mio,
»y acostémonos pronto que hace frio».
El guardia la obedece
metiéndose en el lecho que le ofrece,
cuyo calor benéfico al momento
le templó el instrumento,
y muchó más sintiendo los abrazos
con que en amantes lazos
la dama que lo entona,
espresiva y traviesa lo aprisiona.
Entonces, atrevido,
intentó la camisa remangarla,
y *sans façon* montarla;
mas quedó sorprendido
al ver que ella obstinada resistia
la amorosa porfia,
y que si la dejaba,
tambien de su abandono se quejaba,
hasta que al fin salió de confusiones
oyendo de la dama estas razones:
«¿Cómo te has olvidado
»del modo con que habemos disfrutado

»los dos de los placeres celestiales?
»¡Yo deleytes carnales
»gozára torpemente,
»cuando mi confesor honestamente
»sabes que me ha instruido
»de cómo engendrar puede el escogido
»sin que sea pecado!
»Pues muy bien te has holgado
»conmigo en ocasiones
»sin faltar á tan puras instrucciones».
El guardia, deseando le instruyera
en lo que eran deleytes celestiales,
dejó que dispusiera
la dama de sus partes naturales,
y halló que su pureza consistia
en que el varonil miembro introducia
dentro de su natura
por cierta industriosísima abertura
que sin que la camisa se levante
daba paso bastante
á qualquier miembro de provecho,
como que para un frayle estaba hecho.
Con tan púdico modo

logró meter el guardia el suyo todo,
gozando á la muger más cosquillosa
y á la más santamente luxuriosa.
Mientras los empujones,
ella usaba de raras espresiones
diciendo: «¡Ai gloria pura!
»¡O celestial ventura!
»¡Deleytes de mi amor apetecidos!
»¡Ai gozos de los fieles escogidos!...»
El guardia, que la oia
y á su pesar la risa contenia,
dijo: «Por fin, señora,
»no he perdido mi tiempo, pues aora
»ya me son conocidos
»los gozos de los fieles escogidos».
Al escuchar la dama estas razones
desconoció la voz que las decia;
mas como en los postreros apretones
entorpecer la accion no convenia,
esclamó: «¡Ai que vergüenza! ¡Un hombre estraño!..
»No te pares... ¿Se ha visto tal engaño?
»Angel del paraiso... ¡Qué placeres!...
»¡Ai, métemelo bien, seas quien fueres!»

LAS GOLLERIAS

Oye, Apolo, mi acento,
ven á inspirarme un cuento,
pues hace muchos dias
que, temeroso de las penas mias,
quieres que yo te aguarde,
y tu fuego me infundes mal ó tarde.
Parece que se apiada
con esta invocacion, pues exaltada
por su influencia mi memoria siento
y empiezo á contar. En un convento
de padres capuchinos halló un dia
el guardian un billete que decia:
«Hermana Mariquita:
»espérame esta tarde peinadita,
»lavadita y compuesta,
»que iré y tendremos en la cama fiesta».

Con este escandaloso contenido,
de rabia el reverendo poseido,
ordenó que á capítulo tocasen,
y que en el refectorio se juntasen
sin tardar un momento
todos los gordos frayles del convento.
Ellos obedecieron cabizbajos,
diciendo: «¿Qué apostólicos trabajos
»nuestro padre guardian hoy nos previene,
»pues tanta priesa en convocarnos tiene?»
La comunidad, pues, estando junta,
en medio se presenta y les pregunta:
«¿Quién es el fraile impio
»que ha escrito este billete?
»Miren su luxurioso desvario,
»y pues que castigarlo me compete
»digan (lo mando asi bajo obediencia),
»quién es para imponerle penitencia».
En seguida leyó encolerizado
en voz alta el billete mencionado,
y oyendo su impiedad los frayles todos
mostraron su rubor de varios modos.
Qual, con gestos horrendos,

la cita detestaba;
qual, con gritos tremendos,
«¿es jóven la hermanita?» preguntaba;
pero ninguno, en tanto, del delito
confesó ser autor, ni del escrito;
bien que al fin á las plantas se arrojaron
del grave superior y le rogaron
que no se publicara
tan infame papel, y deshonrara
á la comunidad, con desatinos
indecentes en frayles capuchinos.
«¡Ah! No es el crimen, — esclamó furioso
»el padre guardian, — lo que me irrita,
»sino las circunstancias de la cita;
»pues en un religioso
»es la mayor de las bellaquerias
»pedir de esa manera gollerias.
»*Hermana Mariquita:*
»*espérame peinada y compuestita,*
»*lavadita y...* ¡Jesus! yo me sofoco;
»todo á los frayles les parece poco.
»pues yo soy el guardian y la tomara
»sin que se compusiera ni lavara».

LA POSTEMA

El modo de curar una postema
de este cuento es el tema,
donde el lector prudente
verá que es conveniente
para que no le canse al afligido
concederle la cosa que ha pedido;
asi yo en mi favor probar intento
esta verdad en el siguiente cuento.
Erase, pues (y empiezo), en una aldea
un médico ramplon, y á mas casado
con una muger joven, no muy fea,
la que habia estudiado
entre los aforismos de su esposo

uno ú otro remedio prodigioso
que cuando ausente estaba
á los enfermos pobres recetaba.
Su caridad egercitando un dia
la señora Quiteria (este es su nombre),
vió que á su puerta habia
un zagalon ya hombre
que á su esposo buscaba
porque alguna dolencia le aquejaba.
Parecia pastor en el vestido,
y á Febo en la belleza y la blancura,
uniendo en su estatura
la proporcion de un Hércules fornido
tanto que la Esculapia alborotada
cayó en la tentacion... ¡no somos nada!
Hizo entrar al pobrete,
ya con mal pensamiento, en su retrete,
á donde le rogó que la esplicase
la grave enfermedad que padecia
porque sin su marido ella podia
un remedio aplicar que le curase.
«¡Ay, señora Quiteria!» el zagal dijo:
«yo por lo que me aflijo

»es por no hallar remedio suficiente
»para el mal que padezco impertinente.
»Sepa Vd., pues, que asi que me empezaron
»las barbas á salir y me afeytaron,
»tambien me salió vello
»al rededor de aquello,
»y cátate que á poco tan hinchado
»se me puso que... vaya,
»no podia jamas tenerlo á raya.
»Yo hallándome apurado,
»y de ver su tiesura temeroso,
»tomé y vine á enseñárselo á su esposo,
»el cual me lo bañó con agua fria,
»con que se me afloxó por aquel dia;
»pero despues á cada instante ha vuelto
»el humor á estar suelto,
»y es la hinchazon tremenda».
Dijo y sacó un... San Cosme nos defienda,
tan feroz, que la médica al mirarlo
tuvo su cierto modo de afloxarlo;
pero venció el deseo
de gozar el rarísimo recreo
que un virgo masculino la promete

cuando la vez primera empuja y mete.
A este fin cariñosa
dijo al simple zagal: «¡ai pobrecito!
»una postema tienes: ven, hijito,
»ven conmigo á la cama; haré una cosa
»con que á fé de Quiteria
»se te reviente y salga la materia».
El pastor inocente
á la cura se apresta,
y ella, regozijada de la fiesta,
le dió un baño caliente
metiendo aquello hinchado
en él... (ya Vd. me entiende) acostumbrado
con una habilidad tan consumada
y tales contorsiones
que dejó la postema reventada
con dos ó tres ó mas supuraciones.
Fuése, y á poco tiempo volvió un dia
á la casa del médico, que estaba
sentado en su portal; cuando llegaba,
y viéndole venir, con ironia
le dijo: «¡Ola! parece por tu gesto
»que se te ha vuelto á hinchar;

»pues entra presto,
»te daré el baño de aguas minerales
»que suaviza las partes naturales».
A que el pastor responde: «¡Guarda, Pablo!
»Para postemas que reciba el diablo
»ese baño que aplasta y que no estruja.
»¡Toma! Cuando arrempuja
»la señora Quiteria,
»me la revienta y saca la materia».

EL VOTO DE LOS BENITOS

Un convento exemplar benedictino
á grave afliccion vino,
porque en él se soltó con nueva furia,
el demonio tenaz de la luxuria;
de modo que en tres pies continuamente
estaba aquel rebaño penitente.
Al principio, callando con prudencia,
hacia cada monge la experiencia
de sugetar con mortificaciones
las fuertes tentaciones.
No se omitió silicio,
ayuno, penitencia ni exercicio,
mas fueron vanas medicinas tales,

que irritadas las partes sensuales
el demonio carnal mas las apura,
dando á mas penitencia mas tiesura.
Supo el caso el Abad, el que, aturdido
del feroz priapismo referido,
á capítulo un dia
llamó á la bien armada mongeria,
y despues de entonado
el himno acostumbrado,
á cada cual con humildad profunda
pidió su parecer, porque se hallase
un medio que cortase
en la comunidad tal barahunda.
Los monges del convento
poltronamente estaban en su asiento
discurriendo en los modos diferentes
de alejar con remedios convenientes
el bullidor tumulto
que á cada monge le abultaba el bulto.
Viendo lo executado vanamente
hasta el caso presente,
diversos pareceres y opiniones
como al fin tan teólogos varones

con santidad y ciencia propusieron,
pero en ninguno dieron
que á propósito fuese
para que luego la ereccion cediese.
En esta confusion, con reverencia
pidió el portero para hablar licencia.
El portero, no importa aqui su nombre.
era un legazo de tan gran renombre
que despues de rascarse aquello á solas
hubo vez de jugar diez carambolas.
«Hable», dijo el Abad; y él, humillado,
prosiguió: «Dios sea loado,
»que á mi, vil gusanillo, ha concedido
»lo que á sus reverencias no ha querido.
»Yo un tiempo tentaciones padecia,
»mas por fortuna mia
»hallé un remedio fácil y gustoso
»con que á mi cuerpo y alma doy reposo».
«¿Y cuál es?» preguntaron admirados
á una voz los Benitos congregados.
«Padres», dijo el portero,
«tengo una lavandera, cuyo esmero,
»cuando á traerme viene

»ropa con que me mude,
»tanto cuidado tiene
»de limpiarme de manchas esteriores
»como de las materias interiores,
»y á este fin de tal modo me sacude
»que en toda la semana
»se me alborota mas mi trasmontana».
Luego que oyó el Abad y el consistorio
un medio tan fácil como notorio
de obviar tentaciones,
decretaron los inclitos varones
que un voto de comun consentimiento
se añadiese en las actas del convento
por el cual no pudiera
monge alguno vivir sin lavandera.
El Abad con presteza
hizo quedase el voto establecido,
y á los monges, baxando la cabeza,
dijo: «El Señor, hermanos, nos ha oido
»cuando remedia asi nuestras desgracias;
»cantemos, pues: *agimus tibi gratias*».

EL CUERVO

En un carro manchego
caminaba una moza inocentona
de gallarda persona
propia para inspirar lascivo fuego.
El mayoral del carro era Farruco,
de Galicia fornido mameluco,
que en qualquiera pantano daba asombro
verle sacar mulas y carro al hombro.
Un colchon á la moza daba asiento
porque el mal movimiento
del carro algun chichon no la levante.
Lector, es importante
referir y tener en la memoria

la menor circunstancia
para que por olvido ó ignorancia
la verdad no se dude de esta historia.
Yendo asi caminando
vieron un cuervo grande que volando
en el ayre tal vez se suspendia,
aunque el vuelo hacia el carro dirigia.
«¡Jesus, que paxarraco tan feote!»
dixo la moza: «¿y ese animalote
»que nombre es el que tiene?»
«Ese es un cuervo», respondió el arriero,
«embiste á las mugeres y es tan fiero
»que las pica los ojos, se los saca,
»y despues de su carne bien se atraca».
Oyendo esto la moza y reparando
que el cuervo se acercaba
al carro donde estaba,
tendióse en el colchon, y remangando
las faldas presurosa,
cara y cabeza se tapó medrosa,
descubriendo con este desatino
el bosque y el arroyo femenino.
Al mirarlos Farruco, alborotóse;

subió sobre el colchon, desatacóse,
sacó... ¡poder de Dios, que grande que era!...
y á la moza á empujones
enfiló de manera
que del carro los fuertes enviones
en vez de impedimento,
daban á su timon mas movimiento.
En tanto que él saciaba su apetito,
ella decia: «si, cuervo maldito;
»pica, pica á tu antojo,
»que por ahi no me sacas ningun ojo».

LA CAMPANILLA

Preguntó en el Paular un forastero
el uso de una grande campanilla
que veia en el claustro; y el portero
le respondió: «el oirla es maravilla,
»porque solo se toca cuando fiero
»el tentador carnal los frayles pilla»:
á que el curioso replicó guiñando:
«pues, padre, estará siempre repicando».

EL PIÑON

Compró un turco robusto
dos jóvenes esclavos, que un adusto
Argelino vendia.
Los llevó á la mazmorra en que tenia
otros muchos cautivos,
y cerrando la puerta,
detras de ella á escuchar se quedó alerta
los modos espresivos
con que los mas antiguos consolaban
á los recien venidos que alli entraban.
Eran un andaluz y un castellano,
y el que hablaba con ellos italiano,
que dijo en voz de tiple muy doliente

á los nuevos llegados lo siguiente:
Compagni sventurati al par che cari
i vostri affani amari
io voglio consolar: nostro padrone
è un turco di bonissima intenzione,
pietoso cogli schiavi che la guerra
riduce al suo servizio;
solamente li destina per l'uffizio
che si costuma là, nella mia terra
strapazzando l'occhio del riposo
col suo membro, che è troppo lungo e grosso.
«Compayre», el andaluz dixo esclamando,
«¿qué me está uzté fablando?
»¿Conque ha dado eze perro en eza maña
»que en Italia ze eztila? ¡ay pobrecito
»de mi, dezfondacao en tierra eztraña!
»¡Yo que tengo un ojito
»lo mezmo que un piñon! ¿Zerá baztante
»para guardarle yo ezte calzon de ante?»
Iba á darle respuesta el italiano,
pero el turco inhumano
gritó entonces: «no haber ante que valga;
»el ojo de piñon que pronto salga».

Al punto cuatro moros,
sin atender las quejas ni los lloros,
afuera le sacaron,
y á su señor por fuerza le llevaron.
En tanto que él la operacion sufria,
el italiano al otro le decia:
Giovinetto garbato,
anche tu sia al momento preparato
a soffrir del padron membruto e fiero
il colpo assalitor dell'occhio nero,
perchè di bianca faccia o color bruno
il turco buzzarron non lascia alcuno.
El fuerte castellano con arrojo
la argolla de un cerrojo
arrancó de una puerta al oir esto,
y habiéndosela puesto
de su gran nalgatorio en la angostura,
pudo con tal diablura
guardar el centro y pliegues del contorno,
y el ataque esperó con este adorno.
Pasada media hora allí volvieron
el andaluz lloroso y derrengado,
y al castellano hicieron

fuese á gozar del turco bien armado.
Este al momento en cuatro pies le pone,
los calzones le baxa y se dispone
á profanarle: le unta con aceite
aquel globo cerdoso
fondo en color de cardenillo oscuro.
El turco vigoroso
no quiso dilatar el choque impuro.
Considere el lector, aunque yo callo,
que magnitud tendria
lo que sacó, criado en un serrallo
sin sugecion de bragas ni alcancia,
y despues se figure allá en su mente,
que esta mole indecente
enfilando la argolla en la trasera,
quedó como raton en ratonera.
Por sacarlo se agita,
empuja, hace desguinces, y al fin grita
para que en su trabajo
no le guillotinasen por abajo.
El castellano astuto se endereza
tirando de la argolla con presteza
porque no se la viesen

los que en favor del turco alli viniesen;
pero esto fué de un modo tan violento
que le quitó el turbante al instrumento.
Quedó por el dolor amortecido
el turco en la estacada,
y el castellano, habiendo conseguido
ver la naturaleza asi vengada,
mientras al desgorrado socorrian
los moros que acudian,
á la prision volvióse,
en donde á poco tiempo divulgóse
su valerosa hazaña;
y el italiano preguntóle ansioso:
ma dica, ¿che cucagna
l'a salvato dal caso periglioso?
Y el andaluz decia:
«¡que piñon tendrá uzté tán duro, hermano,
»cuando pudo fazer tal fechuria!»
A lo que le responde el castellano:
«tengo para ese perro
»no un piñon natural, sino de hierro».

LA MEDICINA DE SAN AGUSTIN

En la ciudad que riega Gualmedina
empezó á padecer de mal de orina
una recien casada
de edad de veynte años,
á quien vinieron semejantes daños
de que su viejo esposo,
setenton luxurioso,
por mas esfuerzos que á su lado hacia
y con sus refregones la impelia
al conyugal recreo,
jamas satisfacia su deseo,
quedando á media rienda el pobrecit
con un moco de pabo tan maldito

que la moza volada
enfermó de calor: ¡ay que no es nada!
Era harto escrupulosa
la requemada esposa;
y por calmar su lid la penitencia
frecuentaba los santos sacramentos,
pensando aliviarian su conciencia
ciertos caritativos documentos
con que un frayle agustino
daba lecciones del amor divino.
Refiriòle afligida
las fatigas que el viejo impertinente
su esposo, aunque impotente,
la obligaba á sufrir, y que encendida
despues que la atentaba
y de asquerosas babas la llenaba,
en el crítico instante
la dexaba ardorosa y titilante.
Yo aqui, lector, no cuento
lo que ella refirió de un sordo viento
fétido y asqueroso
ue espelia en la accion su anciano esposo
caliente y á menudo;

mas por mí no lo dudo,
porque la edad en tales ocasiones
afloxa del violin los diapasones.
Volvamos sin tardanza
al agustino, que entendió la danza,
y la dijo: «esta tarde
»á solas quiero, hermana, que me aguarde,
»en su cuarto, y haré que el mal de orina
»se la cure con una medicina
que el gran padre Agustin, santo glorioso,
»á nuestra religion dejó piadoso.»
En esto concertados
el bravo confesor y la paciente
á la tarde siguiente
en una alcoba entraron; y encerrados,
alli su reverencia
á la joven curó de su dolencia
con un modo suave
y al mismo tiempo vigoroso y grave.
Entre tanto su esposo
con un médico habia cuidadoso
consultado los males
que su muger sufria tan fatales

y á su casa consigo le traia,
cuando de ella salia
el padre confesor gargajeando
y de la fuerte operacion sudando.
Sin detenerse el viejo en otra cosa
subió y dijo á su esposa:
«mira, hijita, qué médico he buscado
»que dejará curado
»este tu mal de orina
»aplicándote alguna medicina.»
Ella al Galeno entonces, muy serena,
dijo: «no es menester, que ya estoy buena:
»mi enfermedad penosa
»ha cedido á la fuerza milagrosa
»que san Agustin puso en los pepinos
»de los robustos frayles agustinos».

EL RAYGON

Mientras ausente estaba
un pobre labrador de su alqueria,
su muger padecia
dolor de muelas: esto lo causaba
un raygon que metido
en la encia, tenia carcomido.
En el lugar hacia de barbero
un mancebo maulero
á quien ella queria,
por lo cual mandó á un chico que tenia
le buscase y dixese
que á sacarla un raygon luego viniese.
El rapabarbas, como no era payo,

vino con el recado como un rayo,
y para hacer la cura
se encerró con la moza. ¡Que diablura!
Á veces son los niños de importancia
para que en la ignorancia
no se queden mil cosas
picantes y graciosas.
Yo lo fundo en que nunca se sabria
lo que el barbero con la moza hacia
á no ser por el chico retrechero
que curioso atisbó en el agujero
de la llave la diestra sacadura
del raygon. Repitamos: ¡que diablura!
La operacion eléctrica acabóse
y el barbero marchóse
dejando á la paciente mejorada,
mas del tiron bastante estropeada,
mientras el chico alerta
á su padre esperó puesto á la puerta.
Este, á comer viniendo presuroso,
le preguntó al muchacho cuidadoso:
«¿está mejor tu madre?»
Y el chico dijo: «ya está buena, padre,

»porque á poco que vino
»el barbero á curarla,
»quiso el raygon sacarla
»y se encerraron para... ya usté sabe;
»bien que yo por el ojo de la llave
»pude con disimulo
»ver que no sacó muela,
»sino que estuvo... amuela que te amuela,
»dale... y la sacó al fin de junto al culo
»un raygon... de una tercia, goteando,
»con sus bolas colgando;
»y al mirarle en voz alta
»dijo mi madre: ¡ay como me hace falta!»
En todas ocasiones
al buen entendedor pocas razones:
digolo porque luego
que estas oyó el buen hombre, echando fuego
por los ojos, á su hijo:
«ve corriendo, le dixo,
»dí al barbero que en nada se detenga,
»y á sacarme un raygon al punto venga,
»que yo entre tanto prevendré una estaca:
»veremos si se lleva lo que saca

»ese bribon malvado,
»cuando hace falta lo que se ha llevado».
Partió á carrera abierta
el chico, y con la tranca de la puerta
el padre prevenido,
á quien le habia asi favorecido
con intencion dañosa,
esperó, sin decir nada á su esposa.
Erramos los mortales
en nuestros juycios intelectuales;
nuestro proverbio aqui lo manifiesta:
«quien con niños se acuesta...»
Pues, como iba diciendo de mi cuento,
el chico en un momento
llegó á la barberia,
llamó al autor de la bellaqueria
y le dió su recado.
El hombre, descuidado,
tomó capa y gatillo
y ya se iba á marchar con el chiquillo,
cuando por su fortuna
de sus ventosidades soltó una,
la que el muchacho oyendo

le dijo sonriendo:
«bien puede usté, maestro, ahora aflojarse,
»que pronto ha de ensuciarse,
»pues mi padre, enfadado
»del raygon que á mi madre la ha sacado
»porque falta le hacia,
»la tranca de la puerta prevenia;
»y es que sin duda intenta
»de lo que usté sacó tomarle cuenta».
Cuando esto oyó el barbero,
soltó capa y sombrero
y le dijo: «para esa paparrucha
»no es menester que vaya yo; hijo, escucha:
»corre y dile á tu padre
»que la meta á tu madre,
»si le hace falta, en el lugar vacio,
otro raygon que tiene igual al mio».

EL RECONOCIMIENTO

Una abadesa en Córdova ignoraba
que en su convento introducido estaba
bajo el velo sagrado
un mancebo, de monja disfrazado,
que el tunante dormia,
para estar mas caliente,
cada noche con monja diferente;
y que ellas lo callaban
porque á todas sus fiestas agradaban;
de modo que era el gallo
de aquel santo y purísimo serrallo.
Las cosas mas ocultas
mil veces las descubren las resultas:

esto les sucedió á las pobres monjas,
porque, perdiendo el uso sus esponjas,
se fueron opilando
y de humor masculino el vientre hinchando.
Hizo reparo en ello por delante
su confesor, Gilito penetrante,
por su grande esperiencia en el asunto;
y conociendo al punto
que estaban fecundadas
las esposas á Cristo consagradas,
mandó que á toda priesa
bajase al locutorio la abadesa.
Esta acudió al mandato
por otra vieja monja conducida,
pues la vista perdida
tenia la abadesa ya del flato;
y al verla el reverendo
con un tono tremendo
la dijo: «¿como asi tan descuidada
»Sor Telesfora tiene abandonada
»su tropa virginal?; pero mal dije,
»pues ya ninguna tiene intacto el dige.
»¿No sabe que en su daño

»hay obra de varon en su rebaño?
»Las novicias, las monjas, las criadas...
»¿lo diré? si: todas estan preñadas. —
»*Miserere mei, Domine*», responde
Sor Telesfora, «¿á donde
»estar podremos de parir seguras,
»si no bastan clausuras?
»Váyase, padre, luego,
»que yo hallaré al autor de tan vil juego
»entre las monjas: voy á convocarlas,
»y con mi dedo pienso registrarlas».
El confesor marchóse;
subió Sor Telesfora, y publicóse
al punto en el convento
de las monjas el reconocimiento.
Ellas en tanto buscan presurosas
al joven y llorosas
el decreto le cuentan
y el temor que por él experimentan.—
«Y bien: no hay que encogerse»,
él dice, «todo puede componerse
»porque todas estais de poco tiempo.
»Yo me ataré un cordel en la pelleja

»que cubre mi caudal cuando está floxo:
»vereis que me le cojo
»detras; junto las piernas, y esa vieja
»cegata, estando atado á la cintura,
»no puede tropezar con mi armadura.»
Se adoptó el espediente,
se practicó, y las monjas le llevaron
al coro, donde hallaron
la abadesa impaciente
culpando la tardanza.
En fin, para esta danza
en dos filas las puso,
las gafas pone en uso,
y una vela tomando
encendida, las iba remangando.
Una por una el dedo las metia
y despues, *no hay engendro*, repetia.
El mancebo miraba
lo que Sor Telesfora destapaba,
y se le iba estirando
el bulto, y el torzal casi estallando;
de modo que tocándole la suerte
de ser reconocido

dió un estiron tan fuerte
que el torzal consabido
se rompió y soltó al preso
al tiempo que lo espeso
del bosque la abadesa le alumbraba;
y asi cuando para esto se bajaba
en la nariz llevó tal latigazo
que al terrible porrazo
la vela, la abadesa, los anteojos
en el suelo quedaron por despojos.
«¡San Abundio me valga!»
ella esclamó: «ninguna de aqui salga,
»pues ya bien á mi costa
»reconozco que hay moros en la costa!»
Mientras la levantaron,
al mancebo ocultaron;
y en su lugar pusieron
otra monja, la falda remangada,
que siendo preguntada
de con qué á la abadesa el golpe dieron,
la respondió: «habrá sido
con mi abanico que se me ha caido»:
á que la vieja replicó furiosa:

«mentira: en otra cosa
»podran papilla darme,
»pero no en el olfato han de engañarme,
»que yo le oli muy bien cuando hizo el daño,
»y era un *dánosle hoy* de buen tamaño».

DIÁLOGO

ENTRE UN TIO Y UN SOBRINO

Mandó á Madrid venir de la Montaña
un mercader ricacho á su sobrino
para que se instruyese en la maña
con que era en el comercio ladron fino.
Cuando llegó buscando la cucaña
el tal montañesillo á su destino,
tendria de catorce á quince años,
edad en que el amor hace mil daños.
A poco tiempo que en la corte estaba
el tio le notó mucha tristeza,
y aunque el joven por libras engordaba
era de mal humor; y con presteza

volverse á la montaña deseaba
sin catar de su tio la riqueza,
hasta que este le dijo ya aburrido:
«muchacho, ¿porqué estás tan abatido?»
«Por nada.» «Algo será: ¿dime, qué tienes?»
«Pues, señor: yo á la tierra volver quiero.»
«¿Porqué con esa tonteria vienes?»
«Porque yo antes que yo soy el primero.»
«¿Y eso, qué significa? ¿Que en mis bienes
»no te doy parte? ¡dílo, majadero!»
«No es eso, lo primero solamente...»
«Bruto, esplícate pronto claramente.»
«Pues yo, tio, estoy malo á lo que entiendo.»
«¿Cómo, bribon? ¡tan gordo y colorado!»
«¡Ay, señor! que la fuerza voy perdiendo.»
«Pícaro, habrás tu enfermedad buscado.»
«No es eso, ni el porqué yo comprendo;
»pero antes de que hubiese aquí llegado
»con una mano el bicho me tenia,
»y ahora le echo las dos y no hay tu tia».

LAS ENTRADAS DE TORTUGAS

Estaba una señora desauciada
de esta fiebre malvada,
que sin ser, segun dicen, pestilente,
se lleva al otro lado mucha gente.
Sus criados y amigos la asistian
con celo cuidadoso,
pues por tonto tenian
de la dama el esposo,
y asi de su dolencia
nunca le confiaron la asistencia.
Llegóse, al parecer, la última hora
á la pobre señora:
la trageron muy listos

agonizantes, cristos,
y de la sepultura
la eterna llave con la sacra untura.
Despues que bien la untaron
y á su placer los frayles la gritaron,
á media noche túvola por muerta
el médico, y dispuso
dejar del todo abierta
la alcoba de la enferma segun uso,
y que ya sin cuidados
se acostaran amigos y criados.
Fuéronse todos á dormir muy pronto;
y luego que esto vió el marido tonto,
quedito entró en el cuarto de su esposa,
que nunca mas hermosa
le pareció que entonces, porque hacia
un mes que por su mal no la veia.
Mirándola los pechos,
que á torno parecia estaban hechos,
y el ojal del encanto
en que pecára un santo,
dijo: «¿se ha de comer esto la tierra
»sin mas ni mas? ¡Ah, calentura perra!

»No lleve entre responsos y rosarios
»toda la retencion de mis monarios».
Dicho y hecho: de un brinco
montó, enristró, y al golpe con ahinco
quedó sin que mas quepa,
clavada en su terreno aquella cepa.
Producen maravillas
del masculino impulso las cosquillas,
como se advierte en el presente caso;
porque, lector, al paso
que el marido empujaba,
su muger se animaba
y cuando sintió el fuego
del prolífico riego,
abrió sus ojos medio suspirando,
y abrazó á quien la estaba culeando.
Entonces las culadas prosiguieron
hasta el dia; y los dos las suspendieron
porque entraron las gentes,
de la enferma asistentes,
en el cuarto, y hallándola sentada,
en brazos de su esposo reclinada
se admiran, y ¡milagro! repitiendo,

van á llamar al médico corriendo.
Este, luego que vino,
la tomó el pulso y dijo: «yo no atino
»qué es lo que le habran dado,
»que asi se ha mejorado»;
y el marido, que en tanto se reia,
dijo: «señor doctor, será obra mia,
»porque asi que dejaron á mi esposa
»los presentes, entré yo con mi cosa
»tiesa, como la tiene el que madruga,
»y la di cinco entradas de tortuga».
«¡Bravo!» el médico esclama,
«ya comprendo la cura: ¿y porqué llama
»con tan estraño nombre
»la genital operacion del hombre?»
«¡Toma!» el tonto replica,
«es un modo de hablar que significa...
»zas... soplarlo de golpe hasta lo hondo,
»cual las tortugas... zas... se van al fondo.
»Pero si está mal hecho...»
«No», el médico le dice, «has acertado,
»pues tus entradas son de tal provecho
»que á tu pobre muger vida la han dado.»

Así que esto oyó el tonto,
echó á llorar de pronto,
y el doctor, que el motivo no alcanzaba,
le preguntó qué pena le apuraba.
«¡Ay!» respondió afligido,
«que el dolor me lo arruga.
»¡Si yo hubiera sabido
»que las tales entradas de tortuga
»daban vida de cierto,
»nunca mis padres se me hubieran muerto!»

LOS RELOXES DEL SOLDADO

Dieron aloxamiento
á un tunante sargento
en la casa de cierta labradora,
viuda, joven, con humos de señora,
cuyo genio intratable
en breve con su huésped se hizo amable,
habiendo reparado
que era rollizo, sano y bien formado;
tanto que dijo para su capote:
«¡vaya! tiene un bellísimo... bigote».
En tanto que cenaron
mil pullas á los dos se les soltaron,
y despues el sargento

dijo: «patrona mia, lo que siento
» es que mi compañia
» marcha al romper el dia,
» por lo qual tendré que irme tempranito,
» y quizá no habrá en este lugarcito
» un relox de campana,
» que se oygan dar las tres por la mañana».
«Aunque no haya ninguno»,
la viuda respondió, «yo tengo uno
» en mi corral guardado
» que es mas fixo que el sol por lo arreglado:
» mi gallo, que no atrasa ni adelanta,
» porque á la aurora sin falencia canta».
«Yo tambien», respondióla prontamente
el sargento, «un relox conmigo tengo,
» que quando está corriente
» todas las horas da, que le prevengo;
» pero para arreglarle
» es preciso las péndolas colgarle,
» dándolas movimiento
» mientras que el minutero toma asiento,
» que en teniéndole á gusto
» apunta bien y da las horas justo;

» mas yo, solo y cansado,
» no le puedo poner en tal estado».
«Lo hará el señor sargento con mi ayuda»,
le dijo la viuda:
«tanto mejor», esclama
el tunanton; «pero será en la cama».
Y no lo dijo en vano,
que tomándola luego de la mano,
al lecho la conduce,
y halagándola pronto la reduce
á que en forma se ponga;
el minutero mete,
las péndolas le cuelga y arremete
tan firme á la patrona á troche y moche,
que dió todas las horas de la noche.
Gustosa, aunque cansada,
vino á dormirse hácia la madrugada,
y tambien el sargento, sin cuydado,
en el gallo fiado,
cogió el sueño, contento
de la repeticion del movimiento.
Ya bien entrado el dia
le dispertó la priesa que tenia

de marcharse temprano,
porque no cantó el gallo, ó cantó en vano;
y viendo que ya habia falta hecho,
al corral fué derecho,
pilló el pobre relox de carne y pluma
y con presteza suma
el pescuezo torcióle
y en el morral colérico metióle.
Queriendo antes de irse
de su amable patrona despedirse,
volvió á entrar en la alcoba,
y encontró á la muy boba
destapada y despierta,
con que cerró la puerta
y montándola presto,
la dijo: «mi relox se ha descompuesto
»otra vez, y antes de irme en tal estado
»quiero que me lo pongas arreglado».
La dócil labradora
le arregló, y le hizo dar la última hora;
y él, de la compostura agradecido,
tomó la puerta habiendo concluido:
mas ya en la calle, díjola en voz alta:

«si su relox, patrona, le hace falta,
»no se la dé cuydado,
»porque andaba tambien algo atrasado,
»y yo, para ponerlo como nuevo,
»en mi morral á componer lo llevo.»

EL PAIS DE AFLOXA Y APRIETA

En lo interior del África buscaba
un joven viagero
cierto pueblo en que á todos se hospedaba
sin que diesen dinero;
y con esta noticia que tenia
se dexó atras un dia
su equipage y criado,
y yendo apresurado,
sediento y caluroso,
llegó á un bosque frondoso
de palmas, cuyas sendas mal holladas
sus pasos condugeron
al pie de unas murallas elevadas

donde sus ojos con placer leyeron
en varios idiomas esculpido
un rótulo que hacia este sentido:
esta es la capital de siempre-meta,
pais de afloxa y aprieta,
donde de valde goza y se mantiene
todo el que á sus costumbres se conviene.
«Hé aqui mi tierra», dijo el viajante
luego que esto leyó, y en el instante
busca y halla la puerta
de par en par abierta.
Por ella cuélase precipitado
y hállase rodeado
no de salvajes fieros,
sino de muchos jóvenes en cueros
con los aquellos tiesos y fornidos,
armados de unos chuzos bien lucidos,
los cuales le agarraron
y á su gobernador le presentaron.
Estaba el tal con un semblante adusto
como ellos en pelota: era robusto,
y en la ereccion continua que mostraba
á todos los demas sobrepujaba.

Luego que en su presencia
estuvo el viagero,
mandó le desnudasen lo primero,
y que con gran prudencia
le mirasen las partes genitales,
que hallaron de tamaño garrafales;
la verga estaba tiesa y consistente,
pues como habia visto tanta gente,
con el vigor que dá naturaleza
tambien el pobre enarboló su pieza.
Como el gobernador en tal estado
le halló, le dijo: «joven estrangero,
»te encuentro bien armado
»y muy en breve espero
»que aumentarás la poblacion inquieta
»de nuestra capital de Siempre-meta.
»Mas ántes sabe que es el heroismo
»de sus hijos valientes
»vivir en un perpetuo priapismo,
»gozando mil mugeres diferentes;
»y si cumplir no puedes su costumbre,
»vete, ó te espones á una pesadumbre».
«¡Oh! Yo la dexaré desempeñada»,

el joven respondió, «si me permite
»que en alguna belleza me egercite.
»Ya veys que está exaltada
»mi potencia, y yo quiero
»al instante jo...» «Basta: lo primero»,
dijo el gobernador á sus ministros,
«se apuntará su nombre en los registros
»de nuestra poblacion; despues llevadle
»donde se bañe, luego perfumadle,
»despues que cene quanto se le antoxe,
»y despues enviarle quien le afloxe».
Dijo, y obedecieron
y al joven como nuevo le pusieron,
lavado y perfumado,
bien bebido y cenado,
de modo que en la cama al acostarse
panza arriba, no mas podia echarse.
Asi se hallaba, quando á darle ayuda
una beldad desnuda
llegó, y subió á su lecho,
la qual, para dexarle satisfecho
sin que necesitase estimularlo,
con diez desagües consiguió afloxarlo.

Ella, habiendo cumplido
las órdenes, se fué y dexó dormido
al joven, que á muy poco dispertaron:
el almuerzo á la cama le llevaron,
presentándole luego otra hermosura
que le hiciese segunda afloxadura.
Esta, que halló ya languida la parte,
apuró los recursos de su arte
con rápidos meneos
para que contentase sus deseos;
y él, ya de media anqueta, ya debaxo,
tres veces afloxó ¡con que trabajo!
No hallándole mas jugo
ella se fué quexosa,
y otra entró de refresco mas hermosa,
que aunque al joven le plugo
por su perfeccion rara,
no tuvo nada ya que le afloxára.
Sentida del desayre,
esta empezó á dar gritos, y no al ayre,
porque el gobernador entró al momento,
y al ver del joven el afloxamento
dijo en tono furioso:

«¡hola! que aprieten á ese perezoso».
Al punto tres negrazos de Guinea
vinieron, de estatura gigantesca,
al joven sugetaron
y uno en pos de otro á fuerza le apretaron
por el ojo fruncido,
cuyo virgo dexaron destruido.
Asi, pues, desfondado,
creyéndole bastante castigado
de su presuncion vana,
en la misma mañana
sacándole al camino,
le dexaron llorar su desatino.
Sin poderse mover alli tirado
le encontró su criado,
el que le preguntó si hallado habia
el pueblo en que de valde se comia.
«¡Ah! si: y hallarle fué mi desventura».
el amo respondió. «Pues ¿que aventura»,
el mozo replicó, «le ha sucedido
»que está tan afligido?
»En esa buena tierra
»no puede ser que asi le maltratáran».

«Mil deleytes», el amo dijo, «encierra,
»y aunque estoy desplegado, yo lo fundo
»en que si como afloxan no apretaran,
»mejor pais no habria en todo el mundo».

AL MAESTRO CUCHILLADA

Allá en tiempos pasados
salieron desterrados
de la Grecia los dioses inmortales.
Un asilo buscaban,
quando en nuestro hemisferio se fundaban
diversas religiones monacales,
y entre ellas por gozar la *vita bona*
se refugió el dios Priapo en persona.
De esta deydad potente el atributo
con que hace cunda el genitario fruto,
es que todo varon que esté á su vista
siempre tiene la porra tiesa y lista.
Conque de esta escelencia

sintiendo la influencia
en todos los conventos donde estaba
el vigor de los frayles se aumentaba,
de modo que las tapias eran pocas
para tener á raya sus bicocas.
Furibundos salieron y atacaron
á roso y á velloso;
pero, aunque mas metieron y sacaron,
el afecto rijoso
no por eso cedia,
que cada miembro un roble parecia.
El dios en el momento
vió que este monacal levantamiento
su fuerza desayraba,
pues mas que él qualquier frayle trabajaba,
y por temer los rudos empujones
de tales campeones,
abandonarlos luego
pensó, tomando las de Villadiego.
Fuése, por no pasar el tiempo en vano,
á un convento de monjas de hortelano;
pero quando las madres recogidas
sintieron del tal dios las embestidas,

crecieron sus deseos
á par de los continuos regodeos,
tanto que al huésped molestando andaban
y á puto el postre daban y tomaban.
Entre ellas el potente fornicario
todavia estuviera,
si un caso estraordinario
por su influencia no le sucediera;
y fué, que como siempre en los conventos
hay algunos jumentos,
en este dos las monjas mantenian
que los trabajos de la huerta hacian.
Ytem mas un berraco habia en ella
de gordura hecho pella,
y un choto ya mancebo
que para procrear tenia cebo.
Como muchos, los pobres animales
sintieron los influxos naturales
del dios que los cuydaba,
y al tiempo que en la huerta paseaba
la femenil comunidad en tropa,
oliendo que eran hembras en la ropa,
el cerdo con gruñidos,

el choto con validos,
los jumentos á duo rebuznando
y sus virotes á lucir sacando,
tras de las monjas daban,
y aunque corriesen bien las alcanzaban;
pero como enfilarlas no podian,
en el suelo caian
donde de polvo, esperma y otras cosas
las dexaban molidas y asquerosas.
Entonces por socorro al hortelano
clamaban, pero en vano,
porque á los animales su presencia
aumentaba la gana y la potencia.
Asi que esto las madres conocieron,
por el Maligno á Priapo tuvieron,
que despues de gozarlas
enviaba el Señor á castigarlas;
conque dando al olvido
los méritos del dios antecedente,
habiéndole primero despedido
quisieron penitentes,
de su buen confesor aconsejadas,
solo con él volver á las andadas.

Priapo, despachado,
se marchó á la mansion de un purpurado
de geniazo severo,
donde entrar pretendió de limosnero.
Este buen cardenal, con mil dolencias
se hallaba, de sus obras consecuencias,
con tres partes de un siglo envejecido
y en la cama impedido,
quando sus pages en la alcoba entraron
y al pretendiente dios le presentaron.
Ya habia en ellos hecho
la vista principal un buen provecho
enervando sus floxas zanahorias
de suerte que volviendo á la antesala
empuñaron con gala
y se hicieron sus cien dedicatorias.
En tanto el cardenal, que estaba á solas
con Priapo, sintió se le estiraba
el cutis arrugado de sus bolas
y que se le inflamaba
tanto su débil pieza
que enderezó la prepucial cabeza.
Hallóse, finalmente, como nuevo,

y, echándole al mancebo
una ardiente ojeada,
saltó del lecho la camisa alzada,
cerró la puerta y atacó furioso
á Priapo á traicion, que valeroso
vió que era en tal apuro
descubrirse el remedio mas seguro.
Con efecto, impaciente
se desataca y muestra de repente
al cardenal impio
por miembro un mastelero de navio.
Quedóse estupefacto el purpurado,
porque á su vista el suyo viejo y feo
era lo mismo que poner al lado
del Coloso de Rodas un pigmeo;
y mucho mas oyendo le decia
el dios: «¡habrá mayor bellaqueria!
»Sacrílega Eminencia,
»Eminencia endiablada
»¿quiere dar al maestro cuchillada?
»Sepa que es mi presencia
»la que su vicio entona,
»porque soy el dios Priapo en persona:

»las cópulas protejo naturales,
»pero no los ataques sensuales
»de puerca sodomia;
»y pues gozar ojete es tu mania,
»quédese el suyo viejo,
»que en sempiterna languidez lo dexo».
«No; ¡por la diosa Venus!» humillado
esclamó el cardenal: «á ti, postrado
»dios de fornicacion, perdon te pido,
»mis puercas mañas echaré en olvido:
»pues mas que en floxedad tan indecente,
»quiero tenerlo tieso eternamente».

EL AJUSTE DOBLE

A casa de una moza un estudiante
llegó pobre y tunante,
y por poco dinero
la pidió algun carnal desaguadero.
«No puedo socorrerle en ese apuro»,
ella le dijo, «sin que pague un duro:
»no lo hago mas barato,
»porque anda malo el tiempo y malo el trato».
Llevaba el estudiante únicamente
el duro que la moza le pedia,
mas no le convenia
gastarle en un desagüe solamente;
y así la respondió: «por el dinero

»no habrá dificultad; pero primero
»haga la diligencia
»menor en su orinal á mi presencia,
»que yo viendo su líquido corriente
»conozco si el rincon está doliente».
«En eso no hay reparo»,
la moza replicó: luego la hizo;
y el estudiante avaro
con esto su deseo satisfizo,
porque una tercia y algo mas sacando
y el orinal alzando,
empuñó á la qualquiera,
diciendo en su funcion pasamanera:
«con caldo se contenten mis culadas
»porque valen muy caro las tajadas».
La moza, de la treta arrepentida,
le dijo: «no prosiga por su vida,
»que yo no tengo el corazon tan duro
»y se lo empuñaré por medio duro».
El estudiante luego alborozado
el partido aceptó, y en el estrado
junto á ella se coloca,
á su arbitrio dejándola su cosa.

La moza con despejo
ya le afloxa ó le aprieta,
ya le pliega el pellejo,
y en sus pasavolantes
tambien dió en trastear con los colgantes.
En tanto que él se holgaba,
ella atenta observaba
el crítico momento
de la espulsion; y á cierto movimiento
que hizo el pobre estudiante indicativo,
tapando el agujero espeditivo
le dijo: «señor guapo,
»si no me dais un duro no destapo».
El, viéndose burlado en tal aprieto,
la dijo: «te lo doy si te lo meto,
»pues el ajuste doble que propones
»no es justo, si debaxo no te pones».
La moza, que lo mismo deseaba
para probar la pieza que empuñaba,
se convino al instante
á la proposicion del estudiante,
y, recogiendo el duro deseado,
tendióse y le dexó puesto á su lado,

de buena fé: prestóse al regodeo
de su carnal deseo,
y en tanto que retoza
y en undulantes giros se alboroza,
el estudiante, que acabó primero,
fué á recoger astuto su dinero;
mas cuando iba á marcharse
le echó menos la moza al levantarse,
y le dijo: «detente,
»porque se me ha perdido
»el duro que me diste:
»ayúdame á buscarle»:
á que el responde, «en ti podrás hallarle,
»pues como con tal furia te moviste,
»si baxo de las nalgas le has metido
»le encontrarás en ellas derretido.»

EL CABO DE VELA

Salió muy de mañana
á oir misa en la iglesia mas cercana
una vieja ochentona
de vista intercadente y voz temblona.
A la del hospital se dirigia
porque junto vivia,
llevando por no haber amanecido
de una vela encendida
el cabo en su linterna,
cosa bien útil, aunque no moderna.
Dexémosla que siga su camino,
y vamos á contar lo que el destino
la tenia guardado. El dia ántes

los mozos practicantes
del hospital cortaron con destreza
en la disecacion la enorme pieza
de un soldado difunto,
y para mantenerla en todo el punto
de su hermoso tamaño,
con un cañon de estaño
la llenaron de viento:
en seguida el pellejo al instrumento
con un torzal ataron
al corte, y como nuevo le dexaron.
Jugaron luego al mingo
con él, y cada cual daba un respingo
cuando se lo tiraban
los unos á los otros, que alli estaban,
siendo de tal diablura
objeto su grandísima tiesura.
Despues que se cansaron
á la calle arrojaron
de su fiesta el prolífico instrumento;
y aqui vuelve mi cuento
á buscar á la vieja que con prisa
por la calle pasó para ir á misa.

No averigua el autor de aquella historia
si tropezó en la tiesa caniloria
ó en otra cosa; pero, si, nos dice
que la vieja infelice,
por ir apresurada,
dió en la calle tan fuerte costalada
que se desolló el cutis de una pierna;
y por el golpe rota la linterna,
perdió el cabo de vela, y se vió á oscuras:
¡causa un porrazo muchas desventuras!
La pobre al fin se levantó diciendo:
«¡ah, patillas maldito! ya te entiendo;
»mas no te bastarán tus tentaciones
»para que pierda yo mis devociones».
Entre tanto tentaba
el empedrado, por si el cabo hallaba;
y tal fortuna tuvo
que al poco tiempo que buscando anduvo,
dió con la erguida pieza del soldado,
y al cogerla esclamó: «¡Dios sea loado!»
Como no habia alli donde encenderla,
tuvo en la faltriquera que meterla,
y á la iglesia sus pasos dirigiendo

llegó quando la puerta iban abriendo.
Oyó misa y entró en la sacristia
para encender su cabo:
acercóle á la luz que en ella ardia,
pero el tremendo nabo
dió con la llama tal chisporretazo
que apagó aquella vela.
La vieja, al ver frustrado su deseo,
al sacristan apela
para que le encendiese.
El le tomó ignorando lo que fuese
y le arrimó á la luz de otra bujia;
mas como chispeaba y nunca ardia,
de la vela á la llama
lo examina y esclama:
«¡cuerpo de cristo! que feroz pepino!
»Tómele, hermana, que ella tendrá tino
»para saber lo que con él se hace,
»que yo no enciendo velas de esta clase».
Atónita la vieja entonces mira
con atencion el cabo y mas se admira
que el sacristan, diciendo:

«en cincuenta y tres años que siguiendo
»estuve la carrera
»de moza de portal y de tercera,
»no vi un cirio tan largo y tan soplado.
»¡Quien en sus tiempos se le hubiera hallado!»

DIÓGENES EN EL AVERNO

El cínico Diógenes de Atenas
con su filosofía
hizo, mientras vivió, mil cosas buenas,
siendo su gran mania
ponerse á procrear públicamente
á sol radiante y faldon valiente.
Decia no es razon que á ver un hombre
morir se junten tantos
y el ver fabricar otro les asombre
para que hagan espantos.
¡Ah! ya murió este sabio, y su tinaja
le sirvió de sepulcro y de mortaja.
Libre despues del natural pellejo,
descendió á la morada
de las errantes sombras; y el buen viejo

la halló tan embrollada
que mandó de su cóncavo profundo
la relacion siguiente á nuestro mundo.
Dice, pues, que llegando del Leteo
á la terrible orilla,
vió al anciano Caron pálido y feo
sentado en su barquilla,
procurando con mano intermitente
dar á su seco miembro un emoliente.
Las sombras de los muertos rodeaban
las máscaras en tropas;
en composturas lúbricas alzaban
sus aparentes ropas,
trabajando las hembras y varones
en dar el ser á mil generaciones.
Atónito Diógenes severo
esperó á que acabára
su operacion prolífica el barquero
para que le pasára;
el cual, luego que tuvo á bordo al sabio,
le dijo asi con balbuciente labio:
«¡Oh cínico filósofo! Has llegado
»en un dia al Averno

»de polucion, pues hoy está ocupado
»el gran Pluton eterno
»en procrear tres furias inhumanas
»porque son las Euménides ancianas.
»A este fin en su lecho á lo divino
»embiste á Proserpina,
»y en tanto sus vasallos del destino
»seguimos la bolina.
»Bien puedes tu, pues hoy no han de juzgarte
»en los Campos Eliseos, embocarte».
Dijo, y le desembarca al otro lado.
Diógenes, siguiendo
su camino gozoso y admirado,
las obras iba viendo
del luxurioso influxo entre los diablos
de aquellos obscurísimos establos.
El Cancerbero y la Quimera holgaban
en lúbrico recreo;
las hijas de Danao se lo daban
á Ixion, á Prometeo,
á Tántalo, á Sisifo, y á otros muchos
condenados espectros y avechuchos.
Minos tambien, y Caco, y Radamanto,

alcaldes infernales,
á las tres viejas furias entretanto
atacaban iguales;
y Diógenes á todos, satisfecho,
al pasar les decia «buen provecho».
Por último, á Pluton y Proserpina
llegó á ver en la cama,
metiendo al engendrar tanta fagina
entre sulfúrea llama
que sus varias y bellas contorsiones
imitaban culebras y dragones.
En vez de sémen alquitran vertian,
moscardas los picaban,
los fétidos alientos que expelian
al Averno infestaban,
lanzando por suspiros alaridos,
de su placer furioso poseidos.
«Aqui», esclamó Diógenes (y acaba
su relacion con esto):
«¡Que bien hacia yo cuando engendraba
»públicamente puesto!
»No oculteis más, mortales, un trabajo
»que hacen diablos y dioses á destajo.»

LA POCA RELIGION

En la Puerta del Sol, segun costumbre,
haciendo el corro andaba
por la noche una moza
que, aunque ya poca lumbre
este oficio la daba,
siempre la que le egerce en él se goza.
Al dar una virada
se halló de cierto quidam abordada,
que pidiendo matute,
acompañarla quiso complaciente;
y ella, sin que en la paga le dispute,
á su casa condujo al pretendiente.
Los muebles que tenia por adorno

eran un lecho grande y elevado,
sillas en su contorno,
y una mesa; la cual el convidado,
porque cenar queria,
hizo cubrir de bodrios de hosteria.
Los dos solos cenaron,
y á pasar se dispuso
toda la noche allí, segun el uso,
el pagano; mas luego que llegaron
al momento festivo de acostarse,
vieron un hombre por la alcoba entrarse,
que, sacando un colchon del alto lecho,
se echó en él en la cama satisfecho.
Al verle el convidado,
á la moza le dijo algo aturdido:
«¿quién es este señor recien venido?»
Y ella le respondió: «deja el cuidado,
»porque ese es mi marido
»que viene á recogerse
»y en nuestra diversion no ha de meterse».
»Con todo, yo me voy», él la replica,
«que no quiero perturbe mi descanso».
«No hagas tal, que es muy manso».

ella le dice; «y esto no le pica,
»que ya en él es costumbre
»vivir de su profunda mansedumbre.
»Apaga la luz pronto,
»y acostémonos ya: no seas tonto».
El hombre obedeció y subió á la cama;
pero apenas la luz hubo apagado
cuando el marido esclama:
«¡hay tal bellaqueria!
»¡Echarse con tal sorna!
»¡Vaya, que semejante picardia
»no pienso que se hiciese ni en Liorna!»
«¿Lo ves?» dijo á la moza el convidado,
«¡Si esto era demasiado
»para que lo sufriera!»
«¡Toma! Pues... si lo sufre de cualquiera...
«Yo no sé», repetia la señora,
«porque el infame se alborota aora.»
Mas el pagano resolvió, no obstante,
marcharse; y al paciente
pidió le perdonase humildemente.
A lo cual respondióle el buen marido:
«hombre no se levante;

» que á mi no me ha ofendido
» porque con mi muger dormir pretende:
» solo la poca religion me ofende,
» conque habiendo apagado
» la luz en un momento,
» no dice: sea bendito y alabado
» del altar el santísimo sacramento».

EL LORO Y LA COTORRA

Tenia una doncella muy bonita,
llamada Mariquita,
un viejo consegero,
la cual muy por entero,
cuando se alborotaba,
su cansada persona desaguaba
con tal circunspeccion y tal paciencia
como si á un pleyto diese la sentencia.
Era de este señor el escribiente
un mozuelo entre frayles educado,
como ellos suelen ser, rabicaliente,
rollizo y bien armado,
que cuando el consegero fuera estaba

á doña Mariquita consolaba.
Sucedió, pues, que un dia
la consoló en su cuarto, donde habia
en jaulas diferentes
un loro camastron, cuyo despejo
todo lo comprendia por ser viejo,
y una joven cotorra muy parlera,
que la conversacion de los sirvientes
oyeron, la cual fue de esta manera:
«¿Te gusta, Mariquita?»
«Si, mucho... mucho: estoy muy contentita».
«¿Entra bien de este modo?...»
«Si, mi escribiente..: Métemelo todo.»
«Pues menéate más...; que estoy perdido.»
«Y... yo... que viene... ¡ay Dios!... que ya ha venido.»
Con efecto, llegaba el consegero
en aquel mismo instante,
y apenas su escribiente retrechero
dejó regado el campo de su amante,
cuando con la ganilla que traia,
al mismo cuarto entró su señoria.
Quitóse en él la toga,
dióse en la parte floxa un manoteo,

y á la que su materia desahoga
manifestó su lánguido deseo.
Ella, puesta debajo
de un modo conveniente,
se acordó en su trabajo
del natural vigor del escribiente,
y empezó á respingar con tal salero
que por poco desmonta al consegero.
Este, viendo el peligro que corria,
dijo: «basta... ¿Que haceis, doña Maria?
»guarde mas ceremonia con mi taco,
»ó por vida del rey, que se lo saco».
«De veros el contento»,
replicó la taymada,
»me hace tener tan fuerte movimiento.
»Perdon.» «Si», dijo el viejo: «perdonada
estás, si esto te basta.»
La cotorra, que aquello estaba oyendo,
dijo entonces, sus alas sacudiendo:
«Lorito, contentita
está la Mariquita».
A que respondió el loro prontamente:
«¡si se lo metió todo el escribiente!»

LAS LAVATIVAS

Cierta joven soltera
de quien un oficial era el amante,
pensaba á cada instante
como con su galan dormir pudiera,
porque una vieja tia
gozar de sus amores le impedia.
Discurrió en fin meter al penitente
en su casa, y, fingiendo que la daba
un cólico bilioso de repente,
hizo á la vieja, que cegata estaba,
que un colchon separase
y en diferente cama se acostase.
Ella en la suya en tanto

tuvo con su oficial lindo recreo,
dándole al dengue, tanto,
que á media voz en dulce regodeo
suspiraba y decia:
«¡ai! ¡ai! ¡como me aprieta esta agonia!»
La vieja, cuidadosa,
que no estaba durmiendo,
los suspiros oyendo,
á su sobrina dijo cariñosa:
«si tienes convulsiones aflictivas,
niña, yo te echaré unas lavativas.»
«No tia», ella responde, «que me asustan.»
«Pues... si son un remedio soberano...»
»¡Y que! si no me gustan.»
«Con todo, te he de echar dos por mi mano.»
Dijo, y en un momento levantada
fue á cargar y traer la arma vedada.
La mozuela, que estaba embebecida,
cuando llegó este apuro
gozando una fortísima embestida,
pensó un medio seguro
para que la funcion no se dejase,
ni su galan la tia alli encontrase.

Montó en él ensartada,
tapándole su cuerpo, y puesta en popa
mientras la tia de geringa armada
llegó á la cama, levantó la ropa
por un ladito, y como mejor pudo
enfiló el ojo del rollizo escudo.
En tanto que empujaba
el caldo con cuidado,
la sobrina gozosa respingaba
sobre el cañon de su galan armado,
y la vieja, notando el movimiento,
la dijo: «¿ves como te dan contento
» las lavativas, y que no te asustan?
» Apuesto á que te gustan?»
A lo cual la sobrina respondió:
«¡ai! por un lado sí, por otro no».

EL CAÑAMON

Cierta viuda bella y melindrosa
confesarse dispuso
y dijo: «Al empezar, Padre, me acuso
» de que ayer, cariñosa,
» sin acordarme que viernes era,
» quité del pico á un tordo que mantengo
» que un cañamon comiera,
» y yo me lo comí: recelo tengo
» de si habré promiscuado,
» y sintiera morir en tal pecado».
Díjola el Padre: «Hija,
» no con melindres venga
» ni por vanos escrúpulos se aflixa

»cuando es posible más pecados tenga».
Ella dice: «Me alegro
»de que este no lo sea,
»mas me acuso tambien de que fray Pedro,
»que algunos ratos en casa se recrea,
»el jueves, retozando,
»los hábitos alzados,
»los instrumentos todos enseñando
»que aumentavan por grados
»su valeroso impulso,
»me remangó y dió sin más recurso,
»que no pude cerrar el calandrajo
»al ver nabo tan gordo».
Dijo entonces el frayle: «¡Carajo!
»Este sí es cañamon y no el del tordo.»

LA PENITENCIA

Fue á consultar á un padre jubilado
un joven jovencito
y recien aprovado
de confesor. Llegóse muy cortito
diciendo: «Yo quisiera
»que su paternidad norma me diera
»de aplicar penitencias competentes
»á toda calidad de penitentes,
»que en llegando á este caso
»yo no acierto á salir, Padre, del paso».
«No se aflixa por eso: tome y lea,
»que ahi va en este papel cuanto desea.»
Toma, se humilla y sale presuroso

á ver lo que el cuaderno contenia.
¡Que alegre! ¡que gozoso!
al mirar que su título decia:
Lista de penitencias calculadas.
A su confesionario marchó ufano
sin dexar el cuaderno de la mano,
y segun la tarifa exactamente
va despachando todo penitente.
Un tuerto llega en esto y dice: «Padre,
»yo tengo una comadre
»alegre y juguetona de costumbre,
»y hallándola ayer sola,
»el diablo, que no huelga, aplicó lumbre...
»la hice tres carambolas».
Busca las carambolas en la lista
y encuentra: *carambolas de ordinario:*
por cada dos, su parte de rosario.
El frayle se contrista,
pues siendo tres, dos partes no les cabe:
una es poco, y asi que hacer no sabe.
Pónese á discurrir y determina
una idea fácil y peregrina:
«Vaya», le dice, «y busque su comadre,

»y que el hecho la cuadre ó no la cuadre,
»la cuarta carambola hágale al punto,
»y por esta y las otras de por junto
»con mucha devocion y gran sosiego
»dos partes de rosario rece luego».

LA PROCURADORA Y EL ESCRIBIENTE

De cierto procurador
se encontraba el escribiente
trasladando el borrador
de un pedimento algo urgente,
por orden de su señor.
Iba con mucha atencion,
pero tiene el ama al lado,
y estaba en esta ocasion
tan templada que al citado
lo llenó de confusion.
Ya le daba con el codo,
ya soltaba una risita,
mas con tanta gracia y modo,
que, aunque el pobrete se irrita,
tiene que sufrirlo todo.

De este juego resultó
que echaba muchos borrones,
y por último esclamó:
«No dé Vd. más empujones»,
y ella en risa prorumpió.
Conociendo el escribiente
á donde se dirigia
su intento nada prudente,
la pluma con picardía
coje, y la dice impaciente:
«Si Vd. de esta raya pasa,
»que yo señalo en el suelo
»y sus límites traspasa,
»aunque luego clame al cielo,
»ya verá lo que la pasa».
Ella al punto la pasó,
y el escribiente malvado
lo que ofrecia cumplió,
y tomándola en sus brazos
en la cama la tendió.
Lo que allí los dos harian
ya se deja conocer,
pues quietos no se estarian

ni dexarian perder
la ocasion que conseguian.
El procurador tenia
un chico de corta edad
que estuvo con picardia
mirando con seriedad
cuanto el escribiente hacia.
Vino su padre á comer
y fue incubertidamente
en la raya el pie á poner,
y el muchacho, cuerdamente,
sus pasos fue á detener.
«No pase Vd. adelante»,
le dice, «porque á mi mamá
»por un paso semejante
»el escribiente á la cama
»se la llevó muy galante.»
El procurador estuvo
suspenso por algun rato,
y, aunque algo remiso anduvo,
por evitar un mal trato,
de pasarla se contuvo.

EL SUEÑO

Vivian una vez, y va de cuento,
en un chico aposento
un pobre matrimonio con un niño,
fruto de su cariño,
y una niña graciosa,
que más que su hermanito era curiosa;
los cuales con sus padres en un lecho,
por no haber otra cama de provecho,
juntitos se acostaban
y á los pies abrigados reposaban.
Una noche el marido,
jugando al mete y saca, embebecido
con su muger, de tal ardor se inflam

que entre los dos echaron de la cama,
sin saber lo que hacian,
al niño y á la niña que dormian.
Despertaron del golpe dando gritos
los tristes angelitos,
y el muchacho, llorando sin consuelo,
esclama «¡ai padre mio! ¿porque al suelo,
»nos echa usted y madre á puntillones,
»cuando cabemos bien en los colchones?»
«Hombre», dijo el padre, «no he podido
»libraros del porrazo, porque ha sido
»sin saber lo que hacia:
»con tu madre soñaba que reñia
»y tuve grande empeño
»en amansarla un poco con el sueño.»
Dijo: y luego, enfadado
por no haber el negocio consumado,
fue á recoger sus hijos; y al meterlos
en la cama, queriendo componerlos,
la muchacha, abrazándole llorosa,
le tocó cierta cosa,
y preguntó con mucho desenfado:
«padre, ¿que es esto tieso que he tocado?»

»Es la mano del niño», respondióle
el padre, y la muchacha replicóle:
«no señor, que los dedos no le encuentro».
«Suelta: los tiene vueltos hácia dentro
»porque el puño ha cerrado.»
«¿Y á donde, padre, se habrá mojado?»
«Niña, en la escupidera...
»Duérmate y no seas bachillera.»
Calló, atemorizada,
lá chica; pero como escarmentada
estaba del dolor de la caida,
no se quedó dormida;
y sus padres, rijosos y encendidos,
creyendo que ya estaban bien dormidos
los chicos, la faena que dejaron
por su golpe, de nuevo comenzaron.
Sintiólo la muchacha, y al chiquillo
despertándole dice: «oye, Juanillo,
»agárrate bien fuerte, que con madre
»otra vez á soñar se ha puesto padre».

EL CIEGO EN EL SERMON

Predicaba un gilito en su convento,
y para comenzar buscó, al intento,
de la Escritura Santa en los lugares,
el texto que aqui va de los Cantares
en latin anotado (*),
y repitió en romance acalorado:
«*¡Que hermosas son tus tetas, o mi hermana,*
»*o mi esposa; mejor huelen que el vino!*»
Asi hablaba á su amante soberana
Salomon lleno del amor divino».
Luego que espuso el amoroso texto,

(*) *Quam pulcræ sunt mammæ tuæ, soror mea sponsa.*

escondió bajo el hábito las manos
y siguió su sermon, diciendo: «hermanos,
»¿hasta que estremo habrá de llegar esto?»
Un lego, que, calada la capilla,
del púlpito en la angosta escalerilla
sentado, al reverendo acompañaba
y el sermon escuchaba,
díjole en tono bajo:
«no se tenga las manos ahi debajo,
»padre: sáquelas prontamente,
»porque quizás sospechará la gente,
»al ver su accion y oyendo como empieza,
»que hasta el extremo ha de llegar la pieza».
Oyólo el frayle y luego
las manos saca y sigue predicando;
pero entre tanto el lego,
ó porque el verde texto recordando
sintió el vicio en sus partes exaltarse,
ó porque no queria ocioso estarse,
mientras se predicaba
quiso lo mismo hacer que sospechaba
al principio del frayle reverendo,
con su negocio el tiempo entreteniendo.

A este fin, colocado en la escalera,
puso el hábito en hueco bien afuera,
las manos ocultando
y su cumplido miembro empuñando
empezó su recreo;
mas porque no pudiese algun meneo
de un modo involuntario
el fuego descubrir estraordinario,
siempre que se encogia ó empujaba
ó algun suspiro el gusto le arrancaba,
ponia su semblante compungido
diciendo: «¡ai, dios, y como te he ofendido!»
Al tiempo que la empresa concluia,
el glutinoso humor que despedia
ardiente como fuego
en los ojos cayó de un pobre ciego
que escuchaba el sermon alli debajo,
y esclamó: «¡Jesucristo! ¡y que gargajo
»me han echado, que pega cual jalea!
»¿No ven que estoy aqui? Maldito sea,
»y ciego como yo quede del todo
»quien sin mirar escupe de este modo».

EL CONJURO

De un lego acompañado
fue á exorcizar un padre jubilado
á una joven hermosa y desgraciada
que del maligno estaba atormentada.
Empezó su conjuro,
y el espíritu impuro,
haciendo resistencia,
agitaba á la joven con violencia,
obligándola á tales contorsiones
que la infeliz mostraba en ocasiones
las partes de su cuerpo más secretas:
ya descubria las redondas tetas
de brillante blancura,

ya, alzando la delgada vestidura,
manifestaba un bosque bien poblado
de crespo vello en hebras mil rizado,
á cuyo centro daba colorido
un breve ojal de rosas guarnecido.
El lego, que miraba tal belleza,
sentia novedad grande en su pieza,
y el frayle, que lo mismo recelaba,
con los ojos cerrados conjuraba,
hasta que al fin, cansado
de haber á la doncella exorcizado
dos horas vanamente,
para que sosegase la paciente
y él volviese con fuerzas á su empleo,
al campo salió un rato de paseo,
diciendo al lego hiciera compañia
á la doncella en tanto que volvia.
Fuése, pues, y el donado,
de luxuria inflamado,
apenas quedó solo con la hermosa
cuando, esgrimiendo su terrible cosa,
sin temor de que estaba
el diablo en aquel cuerpo que atacaba,

la tendió y por tres veces la introdujo
de sus riñones el ardiente flujo.
Mientras que asi se holgaba el lego diestro,
á la casa volviendo su maestro,
vió que en la barandilla
de la escalera, puesto en la perilla,
estaba encaramado
el diablo, confundido y asustado,
y díjole riendo:
«¡hola! parece que saliste huyendo
»del cuerpo en que te hallabas mal seguro,
»por no sufrir dos veces mi conjuro.
»Yo me alegro infinito;
»mas, ¿que esperas aqui? dilo, maldito».
«Espero», dijo el diablo sofocado,
«que sepas que tu no me has lanzado
»de esa infeliz muger por conjurarme,
»sino tu lego, que intentó amolarme
»si me descuydo un poco. ¡Que diablura!
»¡Amolarme! A mi no, á la criatura.»

LA FUERZA DEL VIENTO

En una corta aldea el jueves santo
la pasion predicaban, y entretanto
los payos del lugar que la escuchaban
á lo vivo la accion representaban,
imitando los varios personajes
en la figura, el gesto y los ropajes.
Para el papel sagrado
de nuestro redentor crucificado
eligieron un mozo bien fornido
que en la cruz estendido
con una tuniquita en la cintura
mostraba en lo restante su figura,
á los tiernos oyentes, en pelota,

para excitar su compasion devota.
La parte de Maria Magdalena
se le encargó á una moza ojimorena,
de cumplida estatura
y rolliza blancura,
á quien naturaleza en la pechera
puso una bien provista cartuchera.
Llegó el predicador á los momentos
en que hacia mencion de los tormentos
que Cristo padeció cuando espiraba
y su muerte los orbes trastornaba.
Refirió entusiasmado
que con morir aniquiló el pecado
original, haciendo á la serpiente
tragase á su despecho, aunque reviente,
la maldita manzana,
que hizo á todos purgar sin tener gana.
Esto dijo de aquello que se cuenta,
y despues su fervor de nuevo aumenta
contando los dolores
de la madre feliz de pecadores
del discípulo amado,
y, en fin, del sentimiento despechado

de la fiel Magdalena;
la que, entretanto, por la iglesia, llena
de inmenso pueblo, con mortal congoja
los brazos tiende y á la cruz se arroja.
Allí empezó sus galas á quitarse,
y en cogollo no más vino á quedarse
con túnica morada
por el pecho escotada,
tanto, que claramente descubria
la preciosa y nevada teteria.
Mientras esto pasaba,
el buen predicador siempre miraba
al Cristo, y observó que por delante
se le iba levantando á cada instante
la tuniquilla en pabellon viviente,
haciendo un burujon muy indecente.
Queriendo remediarlo,
por si el pueblo llegaba á repararlo,
alzó la voz con brio,
y dijo: «hermanos, el vigor impio
»de los fieros hebreos se aumentaba
»al paso que la tierra vacilaba
»haciendo sentimiento,

»y la fuerza del viento
»era tal, que al señor descomponia
»lo que sus partes púdicas cubria».
Apenas oyó Cristo este espediente
cuando, resucitando de repente,
dijo al predicador muy enfadado:
«El juycio sin duda le ha faltado.
»¿Qué viento corre aquí? ¿qué berengena?
»¡Qué! ¿las tetas no ve á la Magdalena?
»Hágala que se tape
»si no quiere que el Cristo se destape
»y eche al aire el gobierno
»con que la enriqueció su Padre Eterno».

LA SENTENCIA JUSTA

A cierta moza un húsar (y no es cuento),
porque lo socorriese en sus apuros
del carnal movimiento,
la prometió ocho duros
y despues la dió cuatro solo en paga.
La moza, descontenta
con esta trabacuenta,
para que por justicia se le haga
aflojar lo restante
fue á querellarse de él al comandante.
Este era un hombre adusto;
pero, en sus procederes siempre justo,
y antes de oir la moza querellante

quiso que el húsar fuese alli al instante.
Presentóse, en efecto, el demandado,
y siendo preguntado,
por su jefe, de donde provenia
la deuda que tenia
con aquella señora,
el húsar respondió: «diga ella aora,
»si lo tuviese á bien, de que dimana
»una deuda que puede ser liviana».
«No tengo impedimento»,
la moza dijo entonces: «sabrá Usia
»que yo alquilé al señor un aposento
»que vacio tenia
»para que en él metiese ciertos trastos
»que dijo le causaban muchos gastos:
»me ofreció media onza por la renta,
»y aora con la mitad pagarme intenta».
Calló, y el húsar luego
empezó su defensa con sosiego
diciendo: «aunque es verdad que ese fue el trato,
»me salia más caro que barato;
»porque yo solamente
»pude un trasto meter estrechamente

»en el zaquizami que me alquilaron;
»con que si di por esto
»la mitad de la renta, fue bastante,
»y no creo que el resto
»me obligue á pagar mi comandante».
A que la querellante, sofocada,
replicó: «esa escepcion no vale nada,
»pues si tuvo el señor por oportuno
»de sus trastos dexar alguno fuera,
»no se quedó ninguno
»por no tener en donde le metiera,
»que yo desocupada
»otra pieza inmediata le tenia,
»que aunque es un poco oscura y jaspeada,
»para los que sobraban bien servia».
No dijo mas, ni el húsar dió respuesta
que su defensa hiciese manifiesta;
por lo que el comandante
esta sentencia pronunció al instante:
«Vaya usted, señor húsar, y en la pieza
»que la señora dice, con presteza
»meta todos sus trastos por entero
»y páguela completo su dinero».

ONCE Y TRECE

PRIMERA PARTE

Con un robusto frayle Carmelita
se confesaba un dia una mocita
diciendo: «yo me acuso, padre mio,
»de que con luxurioso desvario
»he profanado el sexto mandamiento,
»estando con un frayle amancebada;
»pero ya de mi culpa me arrepiento
»y espero verme de ella perdonada».
«¡Válgame Dios!» el confesor responde,
encendido de cólera: «¿hasta donde
»ha de llegar el vicio en las mujeres,
»pues sacrílegos son ya sus placeres?

»Si con algun seglar trato tuviera,
»no tanta culpa fuera;
»¡mas con un religioso!... diga hermana,
»¿qué encuentra en él su condicion liviana?»
La moza respondióle compungida:
«padre, yo no hallaré en toda mi vida
»hombre alguno que tenga tal potencia:
»sepa su reverencia
»que mi frayle, despues que me ha montado
»trece veces al dia, aun queda armado».
«¡Sopla!» dijo admirado el Carmelita;
«buen provecho, hermanita;
»de tal poder es propio tal desorden:
»de once... si... ya los tiene nuestra órden
»cuando alguno se esfuerza...
»pero trece!... Gerónimo es por fuerza».

SEGUNDA PARTE

La casa de una moza visitaba
un Gerónimo grave, con frecuencia,
y en ella muchas veces exaltaba
de su orden poderosa la excelencia.

Entre las propiedades que elogiaba
con mas grande fervor su reverencia
era la de las fuerzas genitales,
en que son los Gerónimos brutales.
«Ya sé», dijo la moza, «que infinitas
»son las fuerzas de tropa tan valiente,
»pues de los monacales las visitas
»sacian á la devota más ardiente;
»si hacen once los padres Carmelitas,
»los Gerónimos trece comunmente;
»pero trece, por mas que se pondera,
»es docena de un frayle cualesquiera».
«Ese refran no prueba lo bastante»,
el Gerónimo dijo algo picado;
«mas un convenio hagamos al instante
»que mi instituto dexe acreditado,
»y es: que despues que jugueton y amante
»la docena del frayle te haya echado,
»por cada vez de mas que te lo haga
»una onza de oro me darás en paga».
»Está muy bien, acepto ese partido»,
la moza replicó; «mas convendremos
»en que si de las trece que ha ofrecido

»falta alguna, la falta ajustaremos
»á onza de oro, cual yo lo he prometido».
«Sea en buena hora, y juntos dormiremos».
respondió el reverendo complacido;
«pues si esta noche en mi convento falto
»es para conseguirle honor más alto».

Hecho el trato, á las doce se acostaron:
matan la luz, empiezan las quimeras;
mas luego que la nona comenzaron
paró la moza sus asentaderas;
porque la pobre ya mas no podia.
¡Tan tieso y grande el fraile lo tenia!

En fin, al ser de dia el religioso
completó trece veces por entero,
y de la moza el chisme quisquilloso
puso como de patos bebedero.
Ella, viendo el estado vigoroso
del frayle, y en peligro su dinero,
pretestando un apuro no decente
salióse de la alcoba prontamente.

Buscó y llamó en silencio á su criada,
contóle del ajuste el mal estado,
y que ella no se hallaba para nada

porque el frayle la habia derrengado;
mas que por no quedar avergonzada,
el recurso que habia imaginado
era, que sin chistar corriendo fuera
y en la cama con él se metiera.

Una yesca encendia el frayle en tanto,
y el pedernal con lumbre brilladora
á la criada al entrar dió tal espanto
que volviéndose dijo á su señora:
«¡ay! que es su aquel como un brazo de santo:
»lo he visto y no me atrevo á entrar aora,
»pues á lo tieso al frayle se le junta
»que está echando fuego por la punta».

LA ORACION DE SAN GREGORIO

Un cura y su criada en una aldea
la noche de difuntos
se calentaban juntos
al fuego de una grande chimenea.
La doncella era joven y graciosa
tanto como inocente,
el cura un hombre ardiente
de barriga y gordura prodigiosa,
porque siempre estos bienaventurados
son de salud por el señor colmados.
Al ir al dormitorio,
dijo al cura la mujer compungida:
«¡Ay señor! estarán en la otra vida

»almas del purgatorio
»esta noche esperando
»los sufragios que alli vayan llegando
»de unas y otras gentes
»para subir al cielo,
»y aunque he rezado yo por mis parientes,
»no sé si este consuelo
»lograrán por mis cortas oraciones,
»porque esto tambien anda en opiniones.»
«Cierto», la dijo el cura suspirando,
desnudo, ya subiéndose á la cama
y sus formas inmensas enseñando,
«cierto es que no hay sufragios suficientes
»para sacar las ánimas benditas
»de la llama cruel del purgatorio,
»sino cierta oracion de san Gregorio
»que contiene indulgencias infinitas.
»Cada vez que se reza por un alma,
»sube al instante al cielo con su palma,
»mas no puede rezarse
»sino entre dos al tiempo de acostarse».
«¡Oh! si en esto consiste»,
respondió la doncella,

«señor cura, por Dios, que la recemos
»entre los dos, y luego dormiremos;
»se irá por mis padres aplicando
»al tiempo que las vayamos rezando».
«Bien, aunque tengo sueño», dijo el cura,
»lo haré porque te estimo...
»acuéstate á mi lado
»y no tengas cuydado
»si en medio del fervor á ti me arrimo,
»porque estas oraciones
»tienen sus agonias y aspiraciones».
En efecto, en estas circunstancias
rezaron juntos la oracion primera:
se aplicó por la madre
de la pobre soltera,
y ella esclamó: «Prontito por mi padre
»recemos, señor cura, que no dudo
»por el placer que el rezo me ocasiona
»que mi madre en el cielo se corona».
Como mejor se pudo
despues fueron rezando
por los tios, hermanos,
y parientes lexanos

de que se fue acordando la mozuela;
y en fin solo un abuelo
faltaba de tan larga parentela
que conducir al cielo.
El cura, ya cansado
porque habia sacado
diez ánimas del santo purgatorio,
por más que se afanaba
se encendia y sudaba
y mil esfuerzos con vigor hacia,
arrancar aquel muerto no podia.
La muchacha, notando
esta falta, le dijo: «¿Que mi abuelo
»no ha de subir al cielo?»
A que respondió el cura desmontando:
«No, porque él no rezaba á San Gregorio,
»y asi bien se está en el purgatorio».

A ROMA POR TODO

Un payo á confesarse á Madrid vino
por ver si un reverendo capuchino
que de gran santidad fama tenia,
de sus grandes pecados le absolvia.
Dirigióse al convento
de este varon sagrado
y le halló en el asiento
de su confesionario, rellanado,
absolviendo á sugetos diferentes
que traian las caras penitentes.
Llegó al payo su vez, y arrodillado:
«Padre», le dice, «mi mayor pecado
»consiste en ser un hombre

»que tiene la desgracia de ser pobre».
«Cristo amó la pobreza», el frayle dijo,
«y esa no es culpa». «Ay, padre», el payo dice,
«sepa que como estoy tan infelice,
»mi mujer y mi madre,
»mis tres cuñadas mozas y mi padre
»para vivir tenemos un cuartito
»no más, porque yo estoy muy pobrecito».
«Vamos», le dice el frayle, «hijo, prosiga,
»que todavia en vano se fatiga».
«Allá voy», siguió el payo suspirando:
«pues, como iba contando,
»una cama hay no más en esta pieza
»para tantas personas; mi pobreza
»no permite tampoco que tengamos
»ninguna luz cuando nos acostamos,
»y asi yo equivocado
»muchas veces, á obscuras, he topado
»en vez de mi muger, ¡ay! con mi madre,
»y otras veces... ¡ah padre!
»será fuerza ir á Roma
»si de absolverme el cargo no se toma».
Aqui, mientras el payo suspiraba,

el frayle se encogia y encerraba
en el confesionario, y luego dijo:
«Acaba pronto, hijo,
»mientras que yo en seguro me acomodo,
»porque como aora estás tan agitado,
»y aqui no hay luz, con ese pobre modo
»puedes topar conmigo equivocado».
«No haré», replica el payo,
«que huele á capuchino vuestro sayo;
»pero á mi me han perdido
»las equivocaciones:
»sin luz, medio dormido,
»he compuesto en diversas ocasiones
»lo mismo que á mi madre, á mis cuñadas,
»y todas cuatro estan embarazadas.
»Si el cargo no se toma
»Su Reverencia, padre, de absolverme,
»me costarán mis culpas ir á Roma,
»y no sé en mi pobreza como hacerme».
A que el frayle le dijo: «¡Pobrecito!
»todavia no es tiempo: corre, hijito,
»vé, compon á tu padre, y de este modo
»irás á Roma de una vez por todo».

EL ONANISMO

Un zagalon del campo
de estos de acá me zampo,
con un frayle panzon se confesaba
que anteojos gastaba,
porque, segun decia,
de cortedad de vista padecia.
Llegó el zagal al sexto mandamiento
donde tropieza todo entendimiento,
y dijo: «Padre, yo á mujer ninguna
»jamas puse á parir, pues mi fortuna
»hace que me divierta solamente,
»cuando es un caso urgente,
»con lo que me colgó Naturaleza,

»y lo sé manejar con gran destreza».
«Conque contigo mismo»,
dice el frayle enojado,
«en un lance apretado
»te diviertes usando el onanismo?»
«No, padre», el zagal clama,
«no creo que es asi como se llama
»mi diversion, sino la...» «Calla, hombre»,
dice el frayle, «yo sé muy bien el nombre
»que dan á esa vil treta,
»infame consonante de retreta.
»Tú no sabes que fue vicio tan feo,
»invencion detestable de un hebreo,
»y que tú por tenerla estás maldito,
»del espíritu santo estás proscrito,
»estás predestinado
»para ser condenado,
»estás ardiendo ya en la fiera llama
»del infierno, y...» «No más», el mozo esclama,
queriendo disculparse:
«esta maña no debe graduarse
»en mi de culpa. Padre, yo lo hacia
»porque veo muy poco, y me decia

»el barbero mi primo se aclaraba
»la vista el que retreta se tocaba».
Aqui con mayor ira
el frayle le replica: «Eso es mentira,
»pues si fueran verdad juicios tan varios,
»las pulgas viera yo en los campanarios».

EL ¿PUES Y QUÉ?

A un alcalde de corte á presentarse
fue una muger, diciendo iba á quexarse
de que el débito santo la faltaba
su marido y jamas la contentaba.
El alcalde mandó que al otro dia
ante su señoria
los dos se presentasen en la audiencia,
donde recibirian su sentencia;
y, despues de cenar, de sobremesa
refirió á la alcaldesa
la quexa que pendiente
ante su tribunal al dia siguiente
debia sentenciarse,
con que pensaba lindamente holgarse.

La alcaldesa tambien quexosa estaba
del alcalde en el punto de que hablaba,
pues aunque ella solia acariciarle
siempre que la golilla le ponia,
no lograba ablandarle,
y aun golilla en la cama mantenia.
Por lo mismo curiosa determina
escuchar de esta quexa la sentencia,
y al otro dia se escondió en la audiencia
muy temprano detras de una cortina.
Entró el alcalde, luego el matrimonio,
y para dar de todo testimonio,
despues el escribano
con semblante infernal y pluma en mano.
Cuando su acusacion oyó el marido,
de cólera encendido,
se volvió á su muger, y de esta suerte
la dice sofocado: «Es cosa fuerte
»que pongas mi potencia en opiniones,
»sabiendo bien que en todas ocasiones,
»apenas en la cama estás metida,
»cuando enristro, y te pego mi embestida».
A que ella respondió muy desdeñosa:

«Pues y qué?» Y él siguió: «Pues á otra cosa.
»Negarás que tambien cuando amanece,
»hora en que todo humano miembro crece,
»contra tus partes gravemente juego
»y el peregil con profusion te riego?»
«Pues y qué?» Y el marido proseguia,
viendo que á su muger no convencia:
«¿Y acaso negarás que por las siestas,
»á pesar del calor, te hago mil fiestas
»y que el ataque entonces, aunque largo,
»no abandono jamas si no descargo?»
A que la muger dice, haciendo un gesto:
«Pues y qué?» Pero apenas dijo esto
cuando de pronto se mostró en la sala
la alcaldesa, diciendo: «En hora mala
»váyase la insolente de la audiencia
»antes que se me apure la paciencia
»y mande que la azoten como á Cristo.
»¡Hay mayor desvergüenza! quien ha visto
»con tal supercheria
»muger de poluciones más avara?
»Yo soy una alcaldesa, y cada dia
»con solo un *¿pues y qué?* me contentára».

LA PAGA ADELANTADA

Una soltera muy escrupulosa
casarse rehusaba
y decia á su madre que pensaba
que hacer la mala cosa
aun despues de casada era pecado.
Un tunante del caso fue informado,
y habiéndose en la casa introducido
y hallándose querido
pidió á la niña luego en casamiento.
Ella el consentimiento
dió, con la condicion de que tres veces
en la primera noche se lo haria
por ponerla corriente, y seguiria

luego una sola vez todos los meses.
Hízose al fin la boda
y de la noche ya llegó el plazo:
tres veces brazo á brazo
sufrió sin menearse la accion toda.
Concluyó el pobre mozo su trabajo
y durmióse cansado: ella, impaciente,
andava impertinente
volviéndose de arriba para abajo.
Dispertó el hombre y dijo: «Hay tal cosquilleria
»que por tres veces ya me has dispertado?»
Y ella dijo, acabando de arrimarse:
«¿Quiere Vd. darme un mes adelantado?»

MODO DE HACER PONTÍFICES

Un joven arriscado
de una soltera estaba enamorado,
y el tiempo que en su casa se podia,
el dedo la metia
para saciar de amor su ardiente llama
sin que pierda su fama,
y ella, en tanto, la mano deslizando
por bajo de la capa
(que es quien urgencias semejantes tapa)
manejándole aquello cariñosa
le sacaba la blanca quisicosa.
A este entretenimiento
puso fin de la iglesia el cumplimiento.

Fue á confesar el joven cabizbajo,
y contándole al frayle su trabajo,
en vano se disculpa,
pues su paternidad dice que es culpa
su diversion muy grave,
y en tono de sermon dice que sabe
que el espíritu santo
maldice al hombre que con vicio tanto
por su astuta malicia
en la tierra su jugo desperdicia,
cuando bien empleado en cuerpo humano
quizá produciria
un obispo ó pontífice romano;
y que si le absolvia
era con condicion de que volviese
pasado una semana
enmendado de culpa tan liviana
y que lo mismo hiciese
la cómplice infeliz de su delito.
Pasó el tiempo prescrito,
y el penitente presentóse ufano.
«Padre», le dice, «ya porque no en vano
»en la tierra se vierta la simiente,

»al tiempo que al salir se precipita,
»mi amada, diligente,
»la ha recogido en esta redomita,
»que traigo para que haga lo que quiera
»echándola á su gusto en cuerpo humano;
»pero si á mi eleccion forma le diera,
»solo haria un pontífice romano».

LAS BENDICIONES DE AUMENTO

PRIMERA PARTE

Reñia una casada á su marido
porque no estaba bien favorecido
de la naturaleza,
y á gritos le decia:
«Fue grande picardia
»que con tan chica pieza
»pensáras casarte y engañarme
»puesto que no puedes contentarme.
»Marcha, marcha de casa,
»pues tu fortuna escasa
»te dió para marido solo el nombre,
»y creo en lo demas un pobre hombre».

En efecto, salióse despachado
este infeliz el cuerpo contristado,
y á muy poco que anduvo,
el buen encuentro tuvo
de un mágico que al sol leyendo estaba
y en su libro las furias invocaba.
Luego que vió al marido
el mágico, le dice: «Tú has venido,
»amigo, á este paraje á lamentarte,
»mas yo te espero para consolarte.
»Por mi ciencia sé bien lo que te pasa,
»pero en breve á tu casa
»te volverás contento.
»Toma: ponte al momento
»en la derecha mano
»este anillo que tiene virtud rara,
»pues todo miembro humano
»que bendigas con él crece una vara
»á cada bendicion rápidamente,
»pero puesto en la izquierda prontamente
»mengua lo que ha crecido
»por la mano derecha bendecido».
Al punto el hombre, lleno de impaciencia,

quiso hacer del anillo la esperiencia:
le pone en su derecha, lo bendice,
su caudal infelice
se le va aumentando de tal manera
que si el mágico á un lado no se hiciera,
da con él en el suelo,
tan rápido estiron dió aquel ciruelo.
Alegre, á su muger volvió el marido
y la dice: «Ya vengo prevenido
»para satisfacer tu ardiente llama;
»ven conmigo á la cama,
»pero encima de mi has de colocarte,
»para poder mejor regodearte».
Sobre él luego se pone
la muger, y al ataque se dispone;
y viéndola el marido bien montada,
echó la bendicion premeditada
y otras y otras, corriendo de tal suerte
que alzándola en el ayre el miembro fuerte,
la moza en él elevada parecia
un esclavo que empalan en Turquia.
Viéndose contra el techo asi ensartada,
pide al cielo favor. Entra asustada

la madre, y viendo un cuadro tan terrible,
da un alarido horrible,
diciendo: «¡Santa Bárbara bendita,
»que vision tan maldita!
»Venga un hacha que esté bien afilada
»para cortar un nabo de este porte».
A que la muger dijo atragantada:
«¡Ay, no, madre, desteche, mas no corte!»

SEGUNDA PARTE

Ya se acuerda el lector de aquel marido
que por el mago anillo socorrido
clavó en su miembro á su muger al techo:
sepa tambien que al cabo, satisfecho
de su esposa y vengado,
en un medio dejó proporcionado
el clavo monstruoso,
viviendo en adelante muy gustoso,
dándole aumento ó merma en ocasiones
con derechas ó zurdas bendiciones.
Paseándose un dia alegremente,
llegó junto á una fuente

donde por diversion quiso lavarse
las manos y en el agua refrescarse.
La sortija encantada
á este fin se quitó y alli olvidada
entonces se dexó, sin que cayera
en ello, ni su falta conociera.
Fuése, finalizado su recreo,
y á muy poco el obispo de paseo
vino á la misma fuente deliciosa,
y viendo una sortija tan preciosa,
de tal hallazgo ufano,
se la coloca en la derecha mano.
Al tiempo que á su coche se volvia,
un pasagero le hizo cortesia,
á que el obispo corresponde atento
con una bendicion; y en el momento,
saltando el alzapon de sus calzones,
ve salir de sus lóbregos rincones
un matamoscas largo de una vara
que igual entre mil monges no se hallára.
Su ilustrísima, al verlo, con el susto
se empezó á santiguar como era justo,
pero mientras más daba en santiguarse,

más veia aumentarse
por varas á la vista
su avion, sin saber en que consista.
Los pages al obispo rodearon
y á sostener el peso le ayudaron
de aquella inmensa cosa,
encubriendo la mole prodigiosa
con todos sus manteos y sotanas;
pero estas diligencias eran vanas,
porque apenas un nuevo pasagero
se quitaba el sombrero
viendo el obispo y él le bendecia,
cuando otra vara el avion crecia.
Por fin, cerca de noche,
como mejor pudieron, á su coche
llevan al ilustrísimo afligido;
pero para que fuese en él metido
el cristal delantero le quitaron
y asi la mitad fuera colocaron
de aquel feroz pepino
semejante á una viga de molino.
A obscuras, muy despacio,
al obispo llevaron á palacio,

con mil mañas le ponen en su lecho
y de la alcoba abrieron en el techo
un agujero por que penetrára
segun su altura aquella cosa rara.
La fama en breve lleva
de unos en otros la terrible nueva
del caudal que al obispo le ha crecido,
hasta que, sabedor de ella el marido
de la sortija dueño,
trató de recobrarla con empeño.
Para esto en el palacio se presenta,
diciendo que es un médico que intenta
menguar al ilustrísimo el recado,
si un anillo le da que se ha encontrado.
Admitióle el partido
el obispo gustoso, y al marido
entrega la sortija, el que, contento,
en su siniestra mano en el momento
la pone, y bendiciendo al buen prelado
vió por varas su miembro anonadado.
No quedaba al paciente
ya más que aquel tamaño suficiente
con que desempeñaba sus funciones;

pero viendo que á echar más bendiciones
se disponia el médico oficioso,
le ataja temeroso,
diciéndole: «Por Dios, que se detenga
»y no otra nueva bendicion prevenga
»que me pierde con ella si porfia:
»déjeme al menos lo que yo tenia».

LOS CALZONES DE SAN FRANCISCO

A media noche muchos gritos daba
una casada, y confesion pedia
diciendo se moria
de un cólico cruel que la mataba.
Llamóse á un reverendo franciscano
que era su confesor, y de antemano
estaba prevenido
para coquifear á su marido
y lograr sin peligro sus placeres.
¡Que no discurren frayles y mugeres!
Luego que con la moza se halló á solas,
se quitó el reverendo los calzones,
y libre de prisiones,
la hizo sin respirar tres carambolas.

Asi que la purgó de sus pecados,
dexando sus calzones olvidados
se marchó á su convento,
donde le agnó esta falta su contento.
Contó el lance al portero claramente
y le dexó instruido
de una industria prudente
que estorbase las quexas del marido.
Entró luego en el cuarto de su esposa
aquel buen hombre, y la primera cosa
que halló en el suelo fueron los calzones
del frayle, con muy puercos lamparones.
Tomólos, conoció la picardia,
y rabioso se fue á la porteria,
donde el bribon portero y el paciente
tuvieron el diálogo siguiente:
«Hermano, dígame, ¿que solicita?»
«Que hablar se me permita
»al padre guardian.» «Ahora no puede.»
«¿Porqué?» «Pues ¿no sabeis lo que sucede
»á la comunidad?» «Todo lo ignoro.»
«¡Ay, hermano! han perdido su tesoro.»
«¿Cual era?» «Una reliquia peregrina

»por la que hay en el coro disciplina.»
«¿Como ha sido?» «Esta noche la han llevado
»para una enferma y la han estraviado
»no sé de que manera.»
«¿Y que reliquia era
»la que causa tan grandes aflicciones?»
«Eran de San Francisco los calzones.»
«No es el remiendo de la misma tela,
»muy bien pegado está, pero no cuela:
»yo traigo aqui guardados
»unos calzones puercos y sudados
»de un frayle picaron, que con vileza
»me ha compuesto esta noche la cabeza.
»Mírelos bien atento
»dibujados con manchas de excremento.
»¿Le parece que un santo asi tendria
»los calzones con tanta porqueria?»
«Esos son», el portero dice ufano,
quitándoselos luego. «Cese hermano.
»¿Como en su mente cabe
»tan injuriosa idea?
»Pues acaso no sabe
»que murió San Francisco de diarrea?»

LA PEREGRINACION

Iba á Jerusalen acompañada
de su esposo una jóven remilgada
de carácter tan serio
que, aparentando un santo beaterio,
siempre que su marido la embestia
inmóvil en la accion se mantenia;
y él, creyendo que en ella
duraba la vergüenza de doncella,
su virtud respetando, trabajaba
por entero la vez que la atacaba.
Su peregrinacion y tiernos votos
iban ya á ver cumplidos los devotos,
cuando antes de llegar al feliz puerto

diez árabes salieron del desierto
y en el ancho camino
cogen al matrimonio peregrino:
sin detencion los dexan en pelota,
y viendo la beldad de la devota
resuelven, sin oir sus peticiones,
en su esponja limpiarse los morriones.
Atan luego al marido,
de vergüenza y de rabia poseido:
á la mujer en actitud acuestan,
y alegres manifiestan
diez erguidos y gordos instrumentos,
capaces de engendrar hombres á cientos;
instrumentos que España no vió iguales
sino en las observancias monacales.
Miró nuestra heroina sin turbarse
el diezmo musulman que iba á tirarse;
y al saciar del primero los deseos
con volubles y rápidos meneos
agitó su cadera de tal suerte
que afloxó en dos por tres al varon fuerte.
Segun su antigüedad y sus hazañas,
sobre ella los demas pruebas estrañas

de su vigor hicieron
y con más prontitud vencidos fueron.
Quedaba un musulman de bigotazos
que quitaba los virgos á porrazos,
engendrador á roso y á velloso
y eterno atacador del sexo hermoso.
Este, pues, embistió con la beata,
ella en sus movimientos se desata:
él se procura asir con fuerte mano
y su giro burlar, pero fue en vano,
que al choque impetuoso
el árabe rijoso
se sintió vacilante, y reculando
perdió su direccion allí luchando.
Empeyne con empeyne compitieron,
el choque repitieron,
y al golpe la ereccion del moro bravo
vino á quedar en un moco de pavo.
Concluida de los árabes la empresa
marchan á toda priesa.
La beata se levanta, se sacude,
y á desatar á su marido acude
que, testigo infeliz de su trabajo,

estaba pensativo y cabizbajo.
Viéndole asi su esposa
le animó cariñosa,
diciéndole se aliente
pues es de Dios milagro muy patente
el haber con las vidas escapado;
á que él la respondió: «pues yo he pensado
»que el milagro le hicieron tus meneos,
»porque siempre me has dicho: *si lo quieres,*
»*ahi está, gózalo como pudieres*».
A que ella respondió enfurecida:
«¡está buena la quexa, por mi vida!
»¡Pues qué! ¿me he de mover con un cristiano
»como merece un perro maometano?
»No te hacia tan tonto:
»la mala gente despacharla pronto».

EL RESFRIADO

Montada en la trasera de su mulo,
á una corta aldehuela
llevaba cierto arriero á una mozuela,
la cual con disimulo,
ó por flato ó por malos alimentos,
soltar solia pestíferos alientos.
Iba en esto el arriero sofocado
del mal olor, y díjola enfadado:
«mira que cuando des en afloxarte
»de esa suerte, no tienes que quexarte
»si me aburro y te apeo
»y encima de ti un rato me recreo,
»porque el flato se cura en ocasiones

»con ciertas lavativas á empujones».
La mozuela calló atemorizada;
pero como la pobre iba cansada,
por más que se encogia
el ayre á su pesar se la salia,
y asi al primer rumor estraordinario
que escuchó el arriero temerario,
la bajó diligente,
la tendió prontamente,
y para dar remedio á su fatiga
la estrujó cuerpo á cuerpo la barriga,
quedando él más ligero
y ella mucho mejor del flato fiero.
Concluyóse, siguieron caminando,
y la moza tambien de cuando en cuando
siguió echando gerundios garrafales,
los que nuestro arriero con mil sales
apenas escuchaba
cuando otra vez de nuevo la estrujaba.
Tanto usó del remedio
que al hombre al fin le vino á causar tedio;
y aunque con más estruendo ella expelia
el viento, el arriero ya no la oia;

y la muchacha, al ver que su costumbre
no daba entonces lumbre,
le dijo: «¡ai Dios! tio Juan, que me he afloxado:
»no oye usté que rumor se me ha escapado?
»Detengamos el mulo,
»y póngame en el suelo»;
á que él la respondió con disimulo:
«si estoi ya resfriado y no te huelo».

EL PANADIZO

Un gordo capuchino confesaba
á una sierva de Dios que se quexaba
de un panadizo fiero que tenia
en un dedo ya mucho tiempo hacia,
el cual, sin mejorarse con ungüentos,
cada vez le causaba más tormentos.
El frayle, de su mal compadecido,
la dijo: «hermana, tenga por perdido
»el tiempo que se aplica
»asquerosos emplastos de botica,
»pues sé por esperiencia
»que cuando se endurece una dolencia
»el remedio mejor para curarla

»es tratar de ablandarla,
»metiendo aquella parte dolorida
»en parage caliente:
»yo creo que en su cuerpo halle cabida
»para que el panadizo se reviente
»introduciendo el dedo en el bugero
»que bajo del empeyne está primero».
La devota, en el frayle confiada,
puso su dedo en cura, y agitada
por las varias cosquillas que la hacia
al punto que alli dentro le metia,
tanto incesantemente meneóse,
que al cabo el panadizo reventóse.
Para mostrar su agradecido afecto
le contó al capuchino el buen efecto
que su remedio habia producido:
á que él la dijo entonces afligido:
«¡ai hermana! que sea enorabuena,
»pero sepa que yo sufro igual pena,
»pues tengo un panadizo pernicioso
»en el miembro precioso
»que las mugeres aman,
»en el dedo sin uña: asi le llaman;

»y no tengo ¡ai de mi! para ablandarle
»sitio donde meterle y menearle».
«Por eso, padre mio, no se apure».
ella le dijo; «pues porque se cure
»á pesar del rubor, yo mi agujero
»prestarle agradecida al punto quiero».
En efecto: á la cura que promete
la devota se pone, y luego mete
su dedo colosal el frayle dentro,
y empujando y moviéndole en el centro,
logró por fin de operacion tan seria
soltára el panadizo la materia.
Sacó su dedo sano y deshinchado
el frayle; y viéndole más sosegado
la devota le dice: «padre mio,
»perdone á mi malicia un desvario,
»pero yo le confieso francamente
»que al tiempo de la cura antecedente
»sospeché de su ardor y movimiento
»que atropellaba el sexto mandamiento».
A que el frayle responde: «¿eso dudabas?
»toma, si no es, no, ¿pues que pensabas?».
Oyendo la respuesta decisiva

la sierva del señor quedó suspensa
viendo que su virtud madurativa
era una grave ofensa
del precepto de Dios; pero no obstante
le replicó al instante:
«¡aunque es culpa, su gusto satisfizo!
»Padre, ¿cuando tendrá otro panadizo?»

LA LINTERNA MÁGICA

Un novicio tenia en su convento
el entretenimiento,
cuando á solas estaba,
de tocarse el guion que le colgaba,
porque como del claustro no salia,
gozar de otros placeres no podia.
Sorprendióle en sus dulces ejercicios
una vez el maestro de novicios,
y el converso, turbado,
queriendo se ocultase su pecado,
imploró la piedad del reverendo,
el cual asi le dijo sonriendo:
«hermano yo conozco la flaqueza

»de la naturaleza:
»sé que en esta mansion de santa calma
»nos domina la carne en cuerpo y alma,
»y á perdonar sus culpas me acomodo;
»pero quiero me diga ¿de qué modo
»puede hacerse ilusion consigo mismo?
»pues aunque usaba yo del onanismo
»cuando era mozalbete sin dinero,
»luego que descubri cierto agujero
»que tienen las mugeres,
»solo con ellas pude hallar placeres».
El novicio, admirando la clemencia
de su maestro, asi á su reverencia
le descubre el secreto
diciéndole: «maestro, en un aprieto
»es mi imaginacion ardiente y viva
»quien me ayuda la parte sensativa,
»porque en las ilusiones que me ofrece
»una linterna mágica parece.
»*Verbi gratia:* figúrome que veo
»pasar con luxurioso cantoneo
»á la Ojazos, y esclamo: ¡ai Dios, que hermosa!
»empuño, como veis, luego mi cosa

»dándole uno... dos... tres... golpes de mano
»que á la Ojazos dedico muy ufano.
»Despues digo: aora pasan las Trapitos
»con melindres y adornos esquisitos;
»¡que morenas que son!... ¡qué provocantes!
»y á su salud van dos pasavolantes.
»Luego digo: allá va la Zapatera
»que un mar de tetas lleva en la pechera:
»¡ai qué gorda! ¡qué blanca! ¡qué aseada!
»¡que pierna se la vé tan torneada!
»Bien merece su garbo soberano
»la dedique seis golpes de mi mano:
»uno... dos...» Aqui el frayle, que veia
que el novicio á lo vivo proseguia
su cosa golpeando
y que ya de la cuenta iba pasando,
le dijo: «espere, y ya que asi se aplica,
»dígame á quien dedica
»de su linterna mágica el pecado»;
á que el novicio respondió siguiendo
su negocio, y la obra concluyendo:
«¡Ay, padre! pues pasó la Zapatera,
»esta va á la... ¡que gusto!... á la... cualquiera».

LOS NUDOS

Casarse una soltera recelaba,
temiendo el grave daño que causaba
el fuerte ataque varonil primero
hasta dexar corriente el agujero.
La madre, que su miedo conocia,
si á su hija algun jóven la pedia
con el honesto fin del casamiento,
procedia con tiento,
sin quitarle del todo la esperanza,
hasta que en confianza
al pretendiente preguntaba ayrosa
si muy grande ó muy chica era su cosa.
Luego que esta cuestion cualquiera oia,

alarde al punto hacia
de que naturaleza
le habia dado suficiente pieza.
Quien decia, «yo más de cuarta tengo»;
quien «yo una tercia larga la prevengo»;
y un oficial mostró por cosa rara
un soberbio espigon de media vara.
Tan grandes dimensiones iba viendo
la madre y á los novios despidiendo,
diciéndoles: «mi chica quiere un hombre
»que con tamaños tales no la asombre,
»un marido de medios muy escaso,
»y asi ustedes no sirven para el caso».
Corrió en breve la fama
del estraño capricho de esta dama
hasta llegar á un pobreton cadete,
que luego que lo supo se promete
vivir en adelante más dichoso
llegando con cautela á ser su esposo.
Presentóse en la casa,
y lamentando su fortuna escasa,
dijo que hasta en las partes naturales
eran sus medios en pobreza iguales.

Oyendo esta noticia,
la madre le acaricia;
y como tal pobreza la acomoda,
muy pronto con su hija hizo la boda.
Concluida conforme su deseo,
en la primera noche de himeneo,
se acostó con su novio muy gustosa
sin temor la doncella melindrosa;
mas apenas su amor en ella ensaya,
cuando enseñó el cadete un trastivaya
tan largo, tan rechoncho y desgorrado
que mil monjas le hubieran codiciado.
La moza, al verlo, á todo trapo llora,
llama á su madre y su favor implora,
la que, en el cuarto entrando
y de su yerno el avion mirando,
empezó de su engaño á lamentarse
diciendo que le haria descasarse;
y el cadete, el ataque suspendiendo,
así la habló, su astucia defendiendo:
«Señora suegra, en esto no hay engaño,
»yo no haré á mi novia ningun daño,
»porque tengo un remedio

»con que el tamaño quede en un buen medio.
»Deme un pañuelo, me echaré en la cosa
»unos nudos que escurran, y mi esposa,
»segun con la punta yo la incite,
»pedirá la porcion que necesite.
»Usté, que por las puntas el pañuelo
»tendrá por evitar todo recelo,
»los nudos, segun pida, irá soltando,
»y aquello que la guste irá colando».
No pudiendo hallar mejor partido,
abrazaron las dos el prevenido.
Al escabullo encajan el casquete,
y la alta empresa comenzó el cadete.
Asi que la mocita
sintió la tintilante cosquillita,
á su madre pidió que desatára
un nudo, para que algo más entrára.
Siguieron la funcion segun se pudo,
á cada golpe desatando un nudo,
hasta que al fin, quedando sin pañuelo
el guion que causó tanto recelo,
dentro ya del ojal á rempujones
apenas ver dexaba los botones.

Mas ella, no saciando su apetito,
decia: «madre, quite otro nudito»;
á que la vieja dijo sofocada:
«¡que nudo ni que nada!
»Ya no queda ni más nudo ni pañuelo;
»que estás con tu marido pelo á pelo».
«¡Como!» la hija respondió furiosa,
«¿pues que hizo usté de tan cumplida cosa?
»¡Ay! Dios se lo perdone:
»siempre mi madre mi desdicha fragua;
»todo lo que en las manos se la pone
»al instante lo vuelve sal y agua».

LA LIMOSNA

A pedir la limosna acostumbrada
á una granja del pueblo separada
llegó un fornido lego franciscano,
donde halló de carácter muy humano
una viuda y jóven labradora
que era de aquella granja la señora.
Esta, luego que vió tan colorado
al lego, tan robusto y bien tratado,
sintió cierta pasion picante y viva
que animó su virtud caritativa.
Echóle en las alforjas varias cosas
al paladar gustosas
con que los reverendos regalones

suelen regodearse en ocasiones;
y ya muy bien provisto por su mano,
le dijo al irse: «¿quiere más, hermano?»
«Quiero lo que me den», respondió el lego;
«mas lo que haya de ser démelo luego,
» porque quien pronto da y sin intereses
» hace una buena accion y da dos veces.»
«Pues voy á darle», replicó la hermana,
« un velloncito negro de mi lana,
» que le puede servir de cabecera,
» cuando se quede del convento fuera.»
Con efecto, le trajo un velloncito
muy negro, muy rizado y peinadito,
que el lego recogió con gran sosiego,
queriendo marchar luego,
diciendo: «*sea por Dios*», segun costumbre,
sin que el nuevo regalo diese lumbre.
Mas la viuda, cogiéndole la punta
del cordon, le detiene y le pregunta,
afable y cariñosa,
si no necesitaba de otra cosa.
A que él dijo: «no habrá nada que sobre
» á mi comunidad, porque es muy pobre,

»y de todo, hermanita,
»la orden de san Francisco necesita».
Mientras esto pasaba,
una gallina dentro cacareaba,
y la viuda al lego dijo: «espere,
»hermano, y llevará si lo quisiere,
»pues por mayor regalo se le ofrezco,
»de mi pollita blanca un huevo fresco».
«Hermana, uno no basta»,
dijo el lego: «que cada frayle gasta,
»las veces que los come todo el año,
»un par de huevos y de buen tamaño».
La labradora entonces hácia el lego
se arrima con más fuego,
y sin andarse en otros perendengues
le dice cariñosa, haciendo dengues:
«pues, hermano, que tome le aconsejo
»para regalo suyo este conejo».
«No lo gasto tampoco; mas no obstante»,
el lego la responde, «aqui delante,
»pues es limosna, póngale al momento,
»le llevaré al guardian de mi convento,
»que lo suele comer muy á menudo
»aunque tenga sus pelos y esté crudo».

CUALQUIERA COSA

Una noche de Enero
estaba calentándose al brasero
una jóven casada,
su ropa á las rodillas remangada
porque asi no temia
quemarse en tanto que labor hacia.
De este modo esperaba á su marido,
que era un pobre artesano,
mientras entretenido
un chico que tenia, por su mano
castañas en la lumbre iba metiendo
y el rescoldo con ellas revolviendo.
Asi, agachado, de su madre enfrente,

asaba diligente
una y otra castaña,
cuando, la vista alzando descuidado,
vió con admiracion cierta montaña
de pelo engrafillado,
con que se coronaba y guarnecia
un ojal que su madre alli tenia.
Con tal vision se puso
el muchacho confuso;
mas queriendo, curioso,
saber si en aquel sitio tenebroso
alguna trampantoja se escondia,
y que hondura tenia,
poquirritito á poco, aunque con miedo,
se fué acercando, y... zas, la metió el dedo.
Respingóse la madre, y dió un chillido
por no estar su agujero prevenido
para esta tentadura inesperada,
y al dexar, agitada,
su silla, tropezó con el puchero
del guisado, y vertióle en el brasero.
El muchacho, que vió con sobresalto
arruinada la cena por el salto,

dijo: «¿de qué se asusta, madre mia,
»si era yo quien el dedo la metia?
»Dígame usted: ¿qué es eso
»que tiene entre las piernas tan espeso?»
«¿Qué te importa?» le dijo muy rabiosa
la madre: «eso será cualquiera cosa.
»¡Miren que travesura!
»¡No es mala tentacion de criatura
»buscarle las cosquillas á su madre
»para que sin cenar dexe á su padre!
»Ya verás cuando venga y se lo cuente
»que linda zurra te dará en caliente.»
El chico, temeroso,
la pidió que callase,
pues jamas volveria á ser curioso
como á su padre nada le contase;
y la madre, por fin desenojada,
cuando vino el marido
le dijo que el gato habia vertido
la cena preparada,
derribando el puchero
que estaba calentándose al brasero.
El hombre, que la amaba,

aunque no le gustaba
quedarse sin cenar, como á su hijo,
«¿qué hemos de hacer?» la dijo.
«Por esta noche, esposa,
»cenaremos los tres cualquiera cosa.»
Apénas el muchacho hubo escuchado
esta resolucion, cuando agitado
de tal suerte gemia,
que le preguntó el padre qué tenia.
Y el chico, con mayores desconsuelos,
respondió en voz llorosa:
«Yo no quiero cenar cualquiera cosa,
»padre, que está mojada y tiene pelos».

FÉLIX MARIA SAMANIEGO

POESIAS VARIAS

EL CURA Y EL MUCHACHO

En la crítica ocasion
de estar ayudando á misa,
le dió un terrible apreton
á un muchacho con tal prisa
que le puso en confusion.
Volvió el pobrete la cara,
y á otro rogó tiernamente
que su lugar ocupara
y que en lance tan urgente
aquella misa ayudara.
«Es el diantre que no sé»,
dijo el otro. «No hay cuydado,
» de eso nada te se dé:

»quédate aqui arrodillado,
»que yo al punto volveré.»
Marchó, pues, y en tanto el cura
dominus vobiscum dijo;
y la pobre criatura
le miró con rostro fijo,
quedando inmóvil figura.
El cura llegó á pensar
que el chico no le habia oido:
repitió y volvió á mirar,
y él le respondió afligido:
«ya viene, que ha ido á cagar».

LA MERCADERA Y EL TUNO

En un dia muy festivo
estaba una mercadera
sentada en silla poltrona
á la puerta de su tienda.
Su postura era chocante
porque tenia ambas piernas
demasiado separadas,
y asi con razon se lleva
la atencion de los que pasan.
Entre todos uno llega
que le dice: «Señorita,
»cierre usté luego la puerta,
»que hoy no se puede vender

»porque es de precepto fiesta».
Conociendo la tal dama
donde el dicho se endereza
porque era bien advertida,
respondió: «señor babieca,
»usted no sea ignorante,
»y para adelante sepa
»que estos postigos se abren
»tan solo para las fiestas».
Y el tunante la replica:
«si eso es lo que usté desea,
»avise y se las haré
»de la suerte que las quiera».

LA CONFESION

Confesándose un soldado
dijo muy arrepentido:
«Acúsome que he jodido
»un barril de bacalado».
El frayle, muy admirado,
le preguntó: «¿cómo ha sido?»
«Porque el barril he robado,
»en la plaza le he vendido,
»del dinero que me han dado
»varias veces he jodido,
»aunque no con gran esceso.»
«Toma, toma», dijo el Padre,
«segun eso,
»si se ajustan cuentas mias,
»tambien habré yo jodido
»más de cuatrocientas misas.»

EL BROCAL

El pozo de los padres trinitarios
tuvo brocales varios,
ya de mamposteria,
ya de piedra de buena silleria,
en fin de berroqueño le pusieron,
el último que eterno ellos creyeron;
pero tal faena de sacar agua
en el convento habia,
que al año ya tenia
el brocal una brecha grande y buena.
«Virgen!» el superior
dijo al saberlo,
«que no sé ya de que materia hacerlo

»para que no se roce ó desmorone.
»Llamar al albañil en el momento,
»á ver de que dispone
»se haga el brocal al pozo del convento.»
El albañil llamado
al punto fué enterado,
y dijo: «aqui lo que conviene
»es hacer un brocal como el que
»tiene mi muger,
»que ha veinte años cabalmente
»que echo por él la soga de frecuente
»con dos cubos que al par le han golpeado,
»y ni una pizca se ha desmoronado.»

EL SOMBRERERO

A los pies de un devoto franciscano
se postró un penitente. «Oiga, hermano,
»¿qué oficio tiene?» «Padre, sombrerero.»
«¿Y qué estado?» «Soltero.»
«¿Y cuál es su pecado dominante?»
«Visitar á una moza.» «¿Con frecuencia?»
«Padre mio, bastante,
»sin poderme curar de esta dolencia.»
«¿Cada mes?» «Mucho más.» «¿Cada semana?»
«Aun todavia más.» «Ya... ¿cotidiana?»
«Hago dos mil propósitos sinceros,
»pero...» «Explíquese, hermano, claramente.
»¿Dos veces cada dia?» «Justamente.»
«Pues ¿cuando diablos haces los sombreros?»

EL SUEÑO

Estaba casado Anton,
pero pobre, y no tenia
sino un pequeño jergon
que al matrimonio servia;
dos hijos, hembra y varon,
tambien en la cama entraban,
pero á un lado los echaban
para hacer la operacion.
Los chiquillos sin cuydado
á pierna suelta dormian,
mientras los padres hacian
otros para el otro lado.
Una noche tan sin duelo

fué la hazaña que empezaron
que á los dos chicos echaron,
sin poderlo hacer, al suelo.
Despertaron dando gritos
con el golpe y el porrazo:
«¿porqué nos das tal trompazo?»
dijo á su padre Perico;
«yo soñaba que reñia
»con tu madre,
»y tan furioso me hallaba
»que un bofeton os daria».
Bajó y los volvió á subir,
y cuando creyó dormian,
otra vez la cosa hacian
que faltaba concluir.
Sintió Perico empezar
y dijo quedo á su hermana:
«agárrate firme, Juana,
»que padre vuelve á soñar».

EL FRAYLE Y LA MONJA

Hallándose cortejando
cierto frayle á una mongita,
mientras que le requebraba
le enseñaba su pi...
su pipa con que fumaba.

La monja, como era lega
y profesaba al otoño,
rabiaba por darle entrada
y le enseñaba su co...
su copo con que ella hilaba.

El frayle, como enojado,
la dijo con disimulo:

«no fuera malito, hermana,
»soplárselo junto al cu...
»al cubo que saca el agua.»

La monja, como agraviada,
le dijo sin agasajo:
«váyase el frayle á la mierda
»que le cortase el cara...
»el caracolito que rabia.»

SIN TÍTULO

De las entrañas de un roble
salió una dama modorra:
quiso estirarme la po-bre
una pluma de mi gorra
para vestirse de hombre.

En mi enfermedad interna
no sé que remedio elija:
tengo tan larga la pi-erna
que me maltrata prolixa
si el tiempo no lo remedia.

Fui á verla el otro dia;
se estaba peynando el moño:

me convidó con su co-che
para pasar á Logroño,
á dormir aquella noche.

Con tu cintura delgada
tu pasas fuertes trabajos,
pues te hartas de cara-coles,
y si los guisas con ajos
te han de salir los colores.

Ahi os entrego á millares
mis camisas y calzones,
tambien mi par de co-llares
para que en admiraciones
adornen vuestros altares.

Pasé á verla de mañana
y estaba matando un sapo:
me puse á mirar su pa-dre,
que limpiaba con un trapo
su carita de vinagre.

Los amantes de violon
que violaron vuestras hijas

mandan les corten las pi-ernas
porque no sean prolixas
y las echen á un rincon.

Yo tengo una dama hermosa
de condicion absoluta:
ella me parece pu-so
por baxo precio la fruta
acomodándose al uso.

Con vuestros ojos poneis
en prision los corazones,
y agarrando los co-geis
con los dulces eslabones
de las redes que tendeis.

Tu nariz copos deshechos,
tus mexillas dos macetas.
¡Quien se viera entre tus te-chos
con dos luces por planetas
y dos pomas á los pechos!

Es tu boca de azahar,
tus labios bello madroño;

y es tan blanco tu co-ral
que lo matizó el otoño
á imitacion del rosal.

Al pintar tu rostro bello
tosco es el pincel más chulo,
porque es tan blanco tu cu-ello
que los cristales anulo
y las nubes atropello.

Tu pie de nieve destapa
ágil el pincel más guapo,
y es tan singular tu pa-ta
que en un punto la destapo
y en un jazmin se dilata.

¡Ay, mi niña, si al pintarte
miráras hacia acá abajo
y me vieras el cara-cter
que hizo en mi tu perfeccion
cuando comencé á pintarte!

No me juzgue amor pelota
al contemplarme bisoño,

porque me muero por co-ta
y no hay soldado en Logroño
que empine mejor la bota.

Batallas, no, amor, revoques
sal al encuentro y me abrocho,
mas si no me das el cho-que,
á soldado sin bizcocho
¿de qué le sirve el estoque?

Cansado me llegué á hallar
de un pie que pensé perder,
y de continuo ho-llar
ya no me puedo tener,
mas siempre te he de adorar.

Aunque en pie la duda esté,
prevente al instante, hija,
que voy á meter mi pi-e
en la primera vasija
que tu belleza me dé.

Si ardo en timbres infinitas
del amor llamas internas,

allá voy, abre las pi-tas
haremos cuerdas eternas
por ahorcarme necesitas.

Vida y muerte vibra impia
tu mano, cura mi anhelo,
porque no hay mejor ciru-jia
que el contacto de tu cielo
y de tus luces el dia.

No imagines que despierte
otro ardor ya para amarte,
porque tengo de empren-derte,
ó la vida ha de costarte
ó yo tengo de perderte.

DORA Y DIDO

Casóse Dora la bella
con Dido, y Dido intentó,
la noche que se casó,
hacerle un hijo, hijo de ella.

Como pasó mala noche
aquella en que fué casada,
se levantó al otro dia
con toda la cara ajada.

Desde que le vió su padre
con el semblante perdido,
enojado le pregunta:
«¿quien te ha casado, hijo Dido?»

Un hijo piden á Dora
los de su casa cantando,
y Dido le dice á Dora:
«¿hijo piden? hijo damos».

Para pan y para aceyte
á Dora y Dido pidieron,
y fueron tan liberales
que con gran despejo dieron.

SEGUIDILLAS

Aunque dicen no hay gusto
sino en joder,
yo digo que se encuentra
tambien en comer,
y sin variedad
nuestra junta vacante
dirá la verdad.

El dia de año nuevo,
cuando ya estemos
sentados á la mesa
haciendo estremos,
pues yo bien creeré

que aunque muger hubiese
más no comeré.

Quedando al fin ya todos
de dicha funcion,
como quien fode á estaxo
sin más aficion,
pues el antalla
muele y deleyta tanto
como una vayna.

No digo que desecho
en este esceso
la afable compañia
del bello sexo;
mas tambien hallo
que donde mugeres entran
suelen cagallo.

Sacando consecuencia
de mi argumento,
que deleyte se encuentra
sin fodimiento;

lo que es muy cierto
y tengo buena prueba
en mi congreso.

El que atendiendo á lo dicho,
yo bien espero
me suplirá las faltas
que harto me esmero;
y á proporcion
todos bien las cometen
en su comision.

COPLAS DEL PÁJARO

El Pajarito, madre,
despues que me picó,
me ha dexado burlada.
¡Ay de mi, que dolor!
El Pájaro ya voló.

El Pájaro era blanco,
travieso y jugueton,
de pluma crespa y negra,
con pico de arrebol.

Estando yo solita
en mi cuarto se entró
y mil dulces tonadas
al punto me cantó.

En ellas me decía
con grandísimo ardor
que si le acariciaba
me mostraria amor.

Acogile en mi falda,
mil besos le di yo,
pero el pícaro luego
á mi frente saltó.

De alli se fué á los ojos,
á la nariz paró,
besando las mexillas
en mi pecho posó.

¡Cuantas blandas caricias
en él me prodigó,
volando y revolando
por todo al rededor!

Cada vez más travieso,
los labios me besó,

y la punta del pico
en ellos me metió.

¡Ay, quanto forcejeaba
el pícaro bribon
por encajarle todo,
mas le dije eso no!

El era porfiado,
blando mi corazon,
y tantos sus halagos
que por fin le metió.

Pero no solo el pico,
tambien el cuerpo entró
menos las alas, y eso
porque muy gordas son.

Luego que estuvo dentro
tres picotazos dió,
uno tras otro hirióme
y al punto se marchó.

DÉCIMAS

Una fe con testimonio
del pecado original
tendrás, alma virginal,
la noche del matrimonio.
No divise á Marco Antonio
Tacito, que vas perdida;
llora mucho por tu vida,
cena poco por tu alma,
y para ganar la palma
no haya lámpara encendida

Ten tu lecho conyugal
con su mancha de artificio,

penitente sacrificio
sobre el ara original;
haya suspiro mortal,
y si Adan cogiera á Eva
(que toda fruta se prueba
en el jardin de la vida)
dile con ansia afligida:
«ay, señor, ¿donde me lleva?».

Si la piadosa madrina
al tálamo te llevare
y al esposo llamare,
dile: «señor, no soy digna»;
mas si el pobre determina
no parecer impotente,
dile con mucho dolor:
«misericordia, señor,
»que soy cordera inocente».

Que con esto y con callar,
suspirar y presumir,
llorar, dudar y gemir,
el pobre la ha de tragar;

y si no quiere pasar
el Agosto por Abril,
para aliviar tu fortuna
di: «no hubo virgen ninguna
despues de las once mil».

SONETO A NICE

No te quexes, o Nice, de tu estado
porque te llamen puta á boca llena,
pues puta ha sido mucha gente buena
y millones de putas han reynado.
Dido fué puta de un audaz soldado,
á ser puta Cleopatra se condena,
y el nombre lucrecial, que tanto suena,
no es tan honesto como se ha pensado.
Esa de Rusia emperatriz famosa
que fué de los carajos centinela,
entre más de dos mil murió orgullosa;
y pues ya lo dan todas sin cautela,
haz tú lo mismo, Nice vergonzosa,
que esto de honra y virgo es bagatela.

SONETO DE MANUEL

Ardiente una muchacha el otro dia,
en tanto que su madre en misa estaba,
llena de miedo y turbacion dudaba
si á su amante Manuel se lo daria.
Temiendo si preñada quedaria,
entre darlo y no darlo vacilaba,
y el valiente mozuelo la animaba
diciendo que al venir lo sacaria.
Fueron tan poderosos los ataques,
que consiguió, por fin, verla en el suelo,
y dijo al derramar de los zulaques
que suave es la sustancia del ciruelo:
«por tu vida, Manuel, no me lo saques,
»y más que llegue la barriga al cielo».

LAS HIJAS DEL POBRE

Traia cierto pobre vergonzante
una alforja detras, otra delante,
y colocaba con cuydado en ellas
á dos hijas muy bellas,
que muchos para mover los corazones
suelen valerse de tales aprensiones,
ó por mejor guardallas ó escondellas.
Le preguntó un curioso: «¿son doncellas?»
A lo que respondió como hombre ya maduro:
«por la que va delante lo aseguro,
»porque siempre á la vista yo la llevo;
»por la que va detras, yo no me atrevo».

ANTONIO Y PEPA

Si yo he de quererte bien,
vamos á hacer por aqui
aquello que te pedi,
sino se acaba el Belen.

Antonio con Pepa hablaba
en su jardin cierto dia,
y una cosa la pedia
que Cupido la mandaba;
pero ella se la negaba
con rubor, susto y desden,
y, usando de amor el tren,

le dijo con loco esceso:
«Antonio, no me hables de eso,
»*si yo he de quererte bien*».

Instó Antonio en la gustosa
peticion que Amor dictaba,
y ella un si y un no le daba
entre risueña y llorosa;
mas, asustada y medrosa,
le dice: «gente senti,
»huyamos pronto de aqui»:
y él, aliviando su fe,
le dice: «nadie se ve,
»*vamos á hacer por aqui*».

Mas viéndola titubear,
de la mano la tomó,
y entre si consiente ó no
se fué dexando llevar.
«Que acomodado lugar»,
dice él, «tenemos alli;
»vente, pues, detrás de mi;
»dime Pepa ¿puede haber

»otro mejor para hacer
»*aquello que te pedi?*»

En el enredo amoroso
por fin la Pepa cayó,
y aunque infinito lloró,
Antonio se hizo dichoso;
depuesto ya el ceño honroso,
halagüeña y sin desden,
le dice: «Antonio, mi bien
»desde hoy serás mi embeleso;
»vamos otra vez á eso,
»*sino se acaba el Belen*».

TOMÁS DE YRIARTE

POESIAS VARIAS

PERICO Y JUANA

Un dia con Perico riñó Juana
por no sé que disgusto ó fantasia;
pero antes que pasase una semana
ya de tanta altivez se arrepentia;
con el zagal querido más humana,
volver quiso á entablar buena armonia,
y para hacer las paces mano á mano,
dióle una cita, que él aceptó ufano.

Una fresca mañana del otoño
madrugó Juana, y desde el pie pulido
hasta el dorado pelo de su moño,
de un trage más hermoso que lucido
adornada salió: junto á un madroño,

que en el sombrio valle está escondido,
risueño el rostro, y el oido atento,
esperando á su amante tomó asiento.
Viendo despues lo mucho que tardaba,
y que era solitario aquel parage,
segura de que nadie la miraba,
alzó de las enaguas el encaxe.
Descubrió, pues, la maravilla octava
que ocultaban las sombras del ropage,
y ató en la pierna una encarnada liga;
pero ¡qué pierna! Dios se la bendiga.
Perico entre unas ramas á Juanilla
curioso observa tan hermosa planta,
y admira la robusta pantorrilla,
y del pie la estrechísima garganta.
Que redonda y nevada es la rodilla!
como los ojos, y aún el alma encanta
del corto zagalejo aquel calzado,
la blanca media y el azul cuadrado!
Llevaba tan delgada vestidura,
que casi estar desnuda parecia:
la ágil cadera, el muslo, la cintura,
todo el lienzo sutil lo descubria;

dos hemisferios de gentil hechura,
en que un rollizo globo se partia,
formaban tiernos y elevados bultos
que no pudo el brial tener ocultos.
Arrebatado del impulso ardiente
de la imaginacion y los sentidos,
salió el joven gallardo, y de repente
con brazos amorosos y atrevidos
ciñó la Ninfa; señaló en su frente
la estampa de los labios encendidos,
y el dulce fuego que alteró sus venas
esto le permitió decirle apenas:
«Dexa que bese el blanco y liso pecho
»que á la nieve ha robado la blancura;
»que alto y bien dividido! que derecho
»sin sufrir de cotilla la clausura!
»De que tierno marfil estará hecho
»el cordon de esta enana dentadura?
»Que dicha!» repetia el fino mozo,
«en un abrazo mil deleytes gozo.»
Ella, que enojadiza y desdeñosa
mostrarse acostumbró tal vez por gala,
nególe aquella boca, que de rosa

el color tiene y el olor exala,
y huyendo de sus brazos presurosa,
poco menos le envió que en hora mala;
él que la entiende, al verla descontenta,
finge serenidad, calla y se ausenta.
Sola queda la niña, y ya reniega
de sus caprichos y melindre raro:
«no», dice, «no es verdad que el amor ciega,
»cuando en tales escrúpulos reparo;
»la que al dueño que adora no se entrega,
»la que su corazon le vende caro,
»no merece los gustos de Cupido,
»sino que su beldad muera en olvido».
Parte tras su galan, y le divisa
vuelta la cara á un roble, y despachando
diligencia no limpia, aunque precisa:
estaba él... si lo diré... meando;
escondióse la moza á toda prisa
á observar de Perico el contrabando,
y haciéndole cosquillas el deseo,
se chupaba los labios de recreo.
Salen á la luz pública por fin
las crecidas insignias del varon,

con una cebolleta de carmin
en un tallo más blanco que algodon,
menudos como césped de jardin
negros rizos asoman al calzon,
y ocultos dos renunculos se ven,
que no dexó el faldon descubrir bien.
Apenas el zagal regado habia
el grueso tronco, cuando descuydado
sintió que el cuerpo por detras le asia
un bello brazo de su Dueño amado;
y forcejando entonces á porfia,
cayeron ambos en el verde prado,
él sin boton alguno en la braguera
y con las faldas ella en la mollera.
No de otra suerte la sutil caterva
de floridos poetas imagina,
que en la edad de oro la mojada yerva
sirvió de lecho al hombre, y que la encina
que de vientos y soles le preserva
de tálamo nupcial era cortina:
si este era el siglo de oro, á fe que Juana
lo logró con Perico esta mañana.
El dulce peso del mancebo siente,

y en el desnudo muslo y la rodilla
recibe su calor, mueve impaciente
del empeyne la suave almohadilla,
provoca al valeroso combatiente
con saltos de lasciva rabadilla,
juntando el labio á las mexillas tiernas,
enlazando ambos brazos y ambas piernas.

Con que desenvoltura, cuan risueña
al nervio altivo echó la blanca mano!
él era corpulento, ella pequeña,
empinarlo intentó, pero fué en vano:
ya con el dedo práctico le enseña
el paso del estrecho gaditano,
y ofreciendo al bajel la senda clara,
las dos columnas de Hércules separa.

Aquel angosto y delicioso ojal,
con los bordes teñidos de clavel,
entre dos blancas rocas de cristal,
más rubio el crespo pelo que oropel,
aquello en que unos dicen que hallan sal
y otros son de dictamen que hallan miel,
con mil cosquillas y respingos mil
hospedó el instrumento varonil.

Y mientras con caricias regaladas
palpa el joven los pechos de la moza,
con las dos, que le cuelgan, arracadas
el tacto de la pícara retoza;
dale tiernos pellizcos y palmadas,
se empina, se columpia y se alboroza,
y al cabo ya no sé que la sucede,
que en éxtasis suspensa hablar no puede.

La dulce boca inmóvil medio abierta,
con la lengua cogida entre los dientes,
á lanzar mil suspiros solo acierta
en lugar de dar ósculos ardientes;
la vista con los párpados cubierta
indica repentinos accidentes,
y si no espira Juana, por lo menos
le ha dado un paroxismo de los buenos.

Pero ah! gracias á Dios, que resucita...
pronto se ha serenado... no, no es cosa...
como abre ya los ojos!... pobrecita!...
que tal? estás mejor?... duerme, reposa,
antes que el accidente te repita.
Ay, ay! que enfermedad tan contagiosa!
pegósele á Perico!... vaya, vaya...

tambien el angelico se desmaya...
Ella, que ya por esperiencia sabe
la causa de aquel mal, su especie y cura,
viendo que cada vez era más grave
del zagal la amorosa calentura,
con un meneo de caderas suave
le ayudaba á sudar con tal blandura
que la inundó al instante dentro y fuera
de copioso sudor la delantera.
Aqui de los amantes abrazados
alegremente suspendió el oido
el coro, que formaban acordados
los gilgueros del valle, y el ruido
de un manso arroyo, á que ellos ocupados
no habian hasta entonces atendido,
y susurrando el Zéfiro halagüeño,
embargó sus espíritus el sueño.
A este tiempo un pastor que la espesura
penetraba, guiando su vacada,
en divertida y cómoda postura
encontró á nuestra gente embelesada;
de la dormida y lánguida hermosura
el pecho de Perico era almohada

enredados los muslos dél y de ella,
y sin pañuelo su garganta bella.
Riendo, dijo el pastor: «por vida mia!
»¿son estos los que quieren que se crea
»que hay entre ellos mortal antipatia?»
Convoca alli las mozas de la aldea,
y señalando á Juana les decia:
«mirad como esta su beldad emplea;
»aprended á hacer paces; niñas, niñas,
»asi habeis de dar fin á vuestras riñas.»

LA RESISTENCIA

SONETO

Señor D. Juan, quietito (1), que me enfado.
Besar la mano? que entretenimiento!
D. Juan, la boca no, que atrevimiento! (2)
Cosquillas? no las hai por ese lado.
Remangarme! (3) ai Juanito, y el pecado?
Que malos sois (4) los hombres! Pasos siento...
Juanito mio, no entre algun criado.
No, no es nadie... pues vaya en un momento.
Jesus, que loca soy!... Quien lo diria?
Date prisa... no más (5)... como cristiana,
Que ya de puro gusto... ai!... alma mia!
Traidor... déxame... vete... aun (6) tienes gana?
Pues cuando tu lo logres otro dia...
Y que! no ha de volver Vm. mañana? (7)

(1) Var.: quedito. — (2) Var.: no, no lo consiento. — (3) Var.: Arremangarme. — (4) Var.: son. — (5) Var.: que con un hombre yo!... — (6) Var.: Vete ¿qué aun. — (7) Var.: ¿Y que, no volverás acá mañana?

EL MISMO

Señor D. Juan, quedito, que me enfado:
besar la mano es mucho atrevimiento;
abrazarme... no, D. Juan, no lo consiento.
Cosquillas... ay Juanito... y el pecado?
Que malos son los hombres... mas, cuydado
que me parece, Juan, que pasos siento...
no es nadie... pues despachemos en un momento.
Ay, que placer... tan dulce y regalado!
Jesus, que loca soy, quien lo creyera
que con un hombre yo... siendo cristiana...
mas... que... de puro gusto... ay... alma mia!
Ay, que vergüenza, vete... y aun tienes gana?
Pues cuando tu lo pruebes otra vez...
pero, Juanito, volverás mañana?

LA SEMANA ADELANTADA

SONETO

Un tio enfermo y en edad anciana
casó con su sobrina (muy mal hecho!),
doncella alegre, jóven y lozana,
pronta á cobrar el marital derecho (1).
Díjola el novio: «te prevengo, Juana,
»pues vamos á estrenar el nupcial lecho,
»que yo solo una vez cada semana
»podré servirte en algo de provecho (2)».
Conformóse la ninfa; y recibiendo
en singular aquel tributo frio (3),
repetia entre si: «peor es nada».
Mas llamando al anciano reverendo
le instaba humilde (4): «Vaya, tio mio,
»siquiera una semana adelantada».

(1) *Var.: con su dispensacion segun derecho.* — (2) *Var.: me obligo á ser marido de provecho.*—(3) *Var.: aquel tributo solitario y frio.*—(4) *Var.: le dijo luego.*

SONETO MORAL Y ALEGÓRICO

Yo he visto al rededor de una gran mesa
catorce entretenidos tagarotes,
más apiñados que en botica botes,
emporcando papel á toda priesa.
Un tinteron que siete libras pesa
en medio estaba lleno de pegotes,
y unas plumas más gruesas que garrotes
mojaban todos en la tinta espesa.
Con esto, Fabio, aconsejarte quiero
que de gozar á Laura no presumas,
ni tu salud, finezas y dinero,
engañado galan, desde hoy consumas,
porque de Laura en el capaz tintero
muchos entretenidos mojan plumas.

SEGUIDILLAS

Casóse el mayordomo
de un Arzobispo,
y su dicha envidiaban
varios amigos.
Díjole el Secretario:
«Esta noche te pido
»que á la novia en mi nombre...»
«Basta: serás servido.»
Despues el Gentilhombre,
luego el Caballerizo,
el Contador y un Page
le pidieron lo mismo.
Cuando ya el novio
hubo cumplido

con los encargos,
aunque eran cinco,
ambos al sueño
quedan rendidos...

(Hablado)

(¿Qué queria Vm. que hicieran los pobrecitos?)
Mas despertando,
la novia dijo:
«¿No tiene más criados
»el Arzobispo?»

El novio es guapo,
pero encontró la horma
de su zapato.
Díjole el Secretario, etc.

OCTAVA

Quien goza de tu ardiente delantera
es un alfiletero. ¡Qué diablura!
Por tiesa te deleyta la madera,
y por escurridiza la pintura.
Poca es la leña de una selva entera
si descubres al palo tal dulzura:
y si desde hoy tu sexo asi se huelga,
¿qué haré yo de la carne que me cuelga?

LETRILLAS

Ay, que fiesta! etc.,

En viendo la recatada
que la bragueta te abulta,
aunque diga: *Vm. me insulta.*
Quieto, vaya, fuera, nada;
hace un dengue, una protesta
y al fin amigo se apiada.
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

La desenvuelta y liviana
para amar no es de gran dura;
más si logras coyuntura

cuando la entra la terciana,
ya verás como la cuesta
gran trabajo ser tirana.
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

Como la inocente ó tonta
á las resultas no atiende,
poco ó muy mal se defiende
si el calor se la remonta
conversacion que molesta?
pero voluntad, que pronta!
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

La discreta lo disputa,
lo escasea, lo dilata,
y con argumentos trata
si ha de ser ó no ser puta.
Pero armada es tu ballesta,
razon que ella no refuta.
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

La que desaliño gasta,
por no vestida provoca,
y á nada que se la toca
la da gana de hacer casta,
para encontrarla dispuesta
alzar poca ropa basta.
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

Menos palpable ha de estar
la presumida ataviada,
mas la hallarás aseada
allá en su particular,
y pues anda peripuesta,
su fin lleva de agradar.
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

La gruesa y robusta moza
en carne y jugo abundante,
suave al tacto del amante,
lánguidamente se goza,

como en colchon se recuesta
sobre ella quien la retoza.
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

La alfeñicada beldad
cede en blandura á la gorda;
pero vaya que lo borda
si da por agilidad:
de mil modos manifiesta
su docta sensualidad.
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

A la niña tiernecita
que la nació el peregil,
la curiosidad pueril
al suave deleyte incita,
en su edad la más modesta
muy breve se precipita.
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

Aunque en edad ya madura
suele ajarse una muger,
conoce y gusta el placer
mejor que una criatura,
ya es disoluta, ya honesta,
segun la ocasion apura.
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

En fin, por curiosidad,
por despique ó compasion,
interés, ostentacion,
costumbre, marcialidad,
aficion, cierta ó supuesta,
descuydo ú debilidad,
Ay, que fiesta!
La que no lo da, lo presta.

AUX FRANÇOIS

Je ne viendrai jamais à bout
de sçavoir par quelle licence
ce n'est rien que *baiser* en France,
mais en françois *baiser* dit tout.

Franceses hablais de un modo
y de otro soleis obrar:
no es nada en Francia el *besar*,
y *besar* lo dice todo.

EPIGRAMA

Preguntaba un carpintero
recien casado, á su esposa:
«¿hacemos aquella cosa
»ó hemos de cenar primero?»
Respondióle la tonta:
«lo que tu quieras, pariente,
»para mí es indiferente,
»mas la cena no está pronta.»

A ROQUE

¡Ay, Roque, que gordo corre
por el ancho caño el chorro!
corre, Roque, y corta un troncho
de chopo, chaparro ó roble
que está roto el otro corcho.

La doncella bella
que la calle llana huella,
á la fuente llega:
si halla que la llave llueve,
llega, llena y lleva.

¡Ay, Roque, que gordo corre
por este ancho caño el chorro!

corre al gordo chorro, Roque,
y echa al ancho caño el corcho.
Si se cayó el corcho al charco,
corre, Roque, y corta un troncho
de chopo, chaparro ó roble,
ancho y gordo como el caño,
gordo y ancho como el chorro.

OCHO VERSOS

Eres negra como un grajo
y más fea que la hambre,
pero tienes junto al culo
un gusto de azúcar cande.

Me tendistes en el suelo
como si fuera una perra,
y con esos cojonazos
me lo llenaste de tierra.

POESIAS ANÓNIMAS

A UNA DAMA QUE FINGIA DESDENES

SONETO

No disimule más la relamida:
conozco de sus tramas el estambre;
tiene ella de calzones, si, más hambre
que de faldas la tuve yo en mi vida.
Miren de aquellos ojos la caida,
la tez morena, el talle como alambre;
dígola que de amantes un enxambre
no bastará á llenarla la medida.
Poner solo (1) la vista yo en su escote
dice ella que es agravio, que es esceso:
ya me da un bofeton, ya un capirote,
y anoche mismo me ha negado un beso.
Pues, mire: tengo un palmo de virote
y no lo ha de provar solo por eso.

(1) *Var.: Solo fixar.*

A UNA DAMA QUE PREGUNTÓ AL AUTOR QUE ERA LO QUE MAS LE GUSTABA EN SU PERSONA.

SONETO

Con licencia, señora, de ese pelo
que en rubias ondas baxa á la cintura,
y de esos ojos cuya travesura
ardor infunde al pecho más de hielo;
con licencia del talle, que es modelo
propuesto por Cupido á la hermosura,
y de esa grata voz cuya dulzura
de una alma enamorada es el consuelo,
juro que nada en tu persona he visto
como un culo que tienes soberano,
grande, redondo, blanco, grueso, listo;
culo fresco, suavísimo, lozano;
culo, en fin, que nació (fuego de Christo)
para el mismo Pontífice Romano.

LA PROTESTA

SONETO

Reniego de las zorras callejeras
que con mortal veneno á un hombre hieren;
maldigo las mozuelas ventaneras
que sin ser requeridas ya requieren.
Abrenuncio de coxas más caseras
que chupan bolsas (sean las que fueren),
y damas cortesanas altaneras
que, siendo lo que son, fingen que quieren.
Detesto la caterva semi-pia
de pobretas gazmonas rezadoras
y aborrezco con toda el alma mia
como á ruines y necias pecadoras
á las putas, señoras con usia
que no saben ser putas y señoras.

EL MISMO

Reniego de las *Zorras* callejeras
que con mortal veneno á un hombre hieren;
renuncio á las *Pelotas* más caseras
que chupan bolsas (sean las que fueren).
Abomino *Pobretas* ventaneras
que sin ser requeridas ya requieren;
maldigo *Cortesanas* altaneras
que, siendo lo que son, fingen que quieren.
Detesto la caterva semi-pia
de las *Coxas* devotas rezadoras,
y aborrezco con toda el alma mia
más que á las mismas *Putas* profesoras,
á las aficionadas con Usia
que no saben ser Putas y Señoras.

A FILIS

SONETO

Cuando estoy del Amor, Filis, picado,
y ya con amoroso atrevimiento
tus blancas y redondas tetas tiento
y tus muslos y el coño regalado,
el blanco faldellin arremangado,
te echo en la cama, monto, y con gran tiento
el carajo te meto hasta que siento
que en los pelos del coño ha tropezado,
y entrando por la estrecha via justo,
empujas tu hacia arriba, yo hacia abaxo,
sin que tal empujar nos dé disgusto;
antes bien quanto más y más lo encaxo,
siento, Filis, en esto tanto gusto
que quisiera yo todo ser carajo.

EL SUEÑO CON UNA DAMA

SONETO

Esta noche, Dorila, yo soñaba
(si sueño fué no más á mi despecho)
que acostarte venias á mi lecho
y el amor por la mano te guiaba.
Sacando el dios un dardo de su aljaba,
rompe de tu pañuelo el lazo estrecho,
quedando al ayre el blanco y liso pecho,
que yo con dulces besos adoraba.
El último deleyte te pedia:
tu me lo rehusabas con empeño;
el amor nos miraba y se reia.
Y hecho, por fin, de tu hermosura dueño,
á un mismo tiempo á entrambos nos venia
el pesar de que solo fuese sueño.

EL MIEMBRO INCANSABLE

SONETO

Eres un largo y colosal carajo
de ensortijadas clines revestido;
carajo entre carajos escogido,
de empuje horrendo y formidable tajo.
En su continuo y singular trabajo
de coño en coño errando embravecido,
jamas se vió su frenesi rendido
ni agotado su ardiente espumarajo.
Cuarenta coños de doncella intacta,
quince culos de frayle bien cevados
piensan rendirle. ¡Miserables tretas!
La furibunda máquina compacta,
dejándolos á todos estropeados,
aun pudiera aguantar doce puñetas.

CÁLCULOS DE UN PADRE LECTOR

SONETO

En el comun de un rústico convento
cierto padre lector sentado estaba,
y al paso que el humor desperdiciaba
los huevos se tentaba muy contento.
Quiso hacer de su peso esperimento
incluso el palillero que colgaba,
y al bultumtum las cuentas asi echaba
antes que este tomase barlovento.
¿Si tendran libra y media? No: es muy poco.
Si: dos corridas no hay quien se las quite.
Bendito Dios! que tal favor conmigo.
Un mozo medio loco del convento
lo vió y le dijo con la voz muy alta:
«Para tres ni un quilate os falta, amigo.»

EL CORNUDO

SONETO

Que entre en mi casa gente que á mi esposa
se la lléve y se la trayga de paseo,
que ella adquiera más gracia, más meneo,
y yo adquiera tambien más otra cosa,
como ella me reciba cariñosa
y me dé gusto en lo que yo deseo,
el dinero que valga el galanteo
y en todo goce lo que el otro goza,
¿que me pone ni me quita lo que he dicho,
si lo tal qual que presta es invisible
y entre las piernas se la queda el bicho?
Si no queda dañado, que es posible,
la honra se pierde mediana algun chulo.
¡Valiente honra de mierda junto al culo!

EL ESPAÑOL CASTIZO

Estando fornicando el otro dia
á una bella italiana
un español castizo que no hablaba
más lengua que la propia castellana,
ella mudar de posicion queria;
previénese discreta
y dice al español: «*mio caro, espeta, espeta*».
Mi buen español, algo turbado,
respondió amostazado:
«Gran demonio, ¿que tienes que quejarte?
»si no que por estraño y vario modo
»quieres que los cojones meta y todo:
»yo no tengo otra cosa que espetarte,
»gran puta: ¿con este carajo no tienes bastante?»

EFECTOS DE LA EMBRIAGUEZ

Hermano Juan,
lo que hace el vino
repara á lo que obliga,
advierte como salta
y mira como brinca
la bella Joaquinilla,
la hija del vecino,
la que siempre anda triste,
llorosa y afligida.
Mira, mira que besos
se deja dar la linda,
cual la hostiga el mozuelo,
como chusco la obliga,
mas ¡ay! que ya la tiende!
¡adios! que ya está tendida!
¡carajo! que la jode!...
¡abur! ya está jodida!

DE UN CURA

Un cura á sus feligreses
predicava junto á Soria
de modo que enternecia
con sus voces fervorosas.
Un payo que allí se hallaba
lo miraba con gran sorna,
y al verlo otro mal cristiano
le dijo: «No os acongojan
»como á los demas, del cura
»las querellas lastimosas?»
«No, señor,» le respondió,
«que yo no soy de su parroquia.»

LA VIEJA

Tenia cierta vieja de costumbre,
antes de irse á la cama,
arrimarse en cuclillas á la lumbre
en camisa, y las manos á la llama.
En este breve rato
dos mil cosquillas tiernas
la hacia un manso gato
pasando y repasando entre sus piernas;
y como en tales casos la marbola
tocaba en cierta parte con la cola,
y la vieja asustada
muy contenta decia: «Peor es nada».

EL INQUISIDOR

A un viejo inquisidor es presentada
una hermosa mujer que de hechicera,
sin más motivos que la envidia fiera,
ante su tribunal fué delatada.
Al tenor de los cargos preguntada,
los niega todos; mas con voz severa
el juez la comprimia de manera
que la infeliz mujer ya sofocada:
«Ilustrisimo», dice, «esto es lógico:
»yo de hechizos, señor, no entiendo nada;
»este es solo el hechizo que colijo».
Dice, y alza las faldas irritada.
Monta él las gafas y al mirarlo dijo:
«Ola, ola, pues no me desagrada».

EL ABAD Y EL MONJE

Reprendia el abad á un perezoso
monje, que á los maytines no asistia,
y con ásperas voces le decia:
«Que efecto, hermano, tan escandaloso
»producirá en cualquier religioso
»su negligencia! Copie lo que hacia
»todo un rey, un David, con que alegria
»á media noche el lecho abandonaba
»para orar al Señor...» «Si, bueno, bravo,
»no hay diferencia», el monge replicaba.
«¿Y cual es?» «Ninguna, la pregunta alabo;
»¿cual? que David á la vuelta se encontraba
»con Michol y yo encuentro con un nabo».

LOS AMANTES

«Hágote señas yo desde el balcon:
»tu subes, yo te quito el espadin,
»te llamo cielo, gloria, serafin,
»y en tus muslos me siento *sans façon:*
»desabróchote yo todo el calzon,
»tu me remangas todo el faldellin;
»caliéntome y la llama nos enciende,
»tu sobre mi, los dos en un colchon;
»el gusto va creciendo, siento ruido...
»ay de mi! que ahora llaman á la puerta!
»despáchate! que rabia; ¿es mi marido?
»ay de mi! que viene, yo estoy muerta!»
«No, mi bien, no vendrá, que ya ha venido».

UN OFICIAL

Un oficial, en lágrimas deshecho,
al practicante cruel dice esta cuenta:
«Que solo por usar de mi derecho
»soldado raso me hagas con afrenta?
»¿Con que cara,» decia con despecho,
«tengo de presentarme á mi parienta?»
Y responde el practicante: «¡Que vengajo!
»¿Con que cara? decid ¿con que carajo?»

LA EMBARAZADA

Baxando una embarazada
una cuesta cierto dia,
oyó á uno que decia:
«Diga V., prenda adorada,
»que tijera tan malvada
»esa basquiña cortó?»
Y ella al punto respondió,
conociendo la cautela:
«¿Es corta? pues no faltó tela,
»que toda una pieza entró».

BLAS Y LORENZA

En casa de un labrador
vivian Blas y Lorenza;
se profesaban amor,
pero él tenia vergüenza
y ella tenia rubor.
A la aurora en el corral
se encontraron en camisa:
el encuentro fué casual;
cúbrese ella á toda priesa
la cara con el pañal.
Turbado Blas desde luego,
se remangó el camison,
y de vergüenza hecho un fuego,

tapóse con el faldon
y como ella quedó ciego.
Al huir tropieza Blas
con la citada Lorenza,
y... válgate Barrabas,
yo tambien tengo vergüenza
y no quiero decir más.

EPITAFIO AL SEPULCRO DE UNA ALCAHUETA

Aqui dormida en eterna modorra
yace, de su vida cumplido el plazo,
la astuta cazadora, cuyos lazos
jamas pudo evitar humana zorra.
Murió de un recio golpe que en la morra
la dió con fuerza un atrevido brazo,
que era justo muriese de un porrazo
quien vivió de dar gusto á la porra.
Tu que esta losa pisas, si un interno
lascivo amor el corazon te aprieta,
echa al punto limosna en ese cuerno;
que aun puede ser te trayga esta alcahueta
un diablo con faldas del infierno
por ganarse una peseta.

MI DAMA

Yo tengo una dama al uso
tan discreta como astuta,
ella me parece pu...so
á secar al sol la fruta.

Galanteándola andaba
un frayle á una lartija,
y cuando se recreava
enseñábala la pi...ca
larga que llevaba.

Celoso la vi una noche
que se estaba haciendo el moño:

ella me ofreció su co...che
para partir á Logroño.

Taymada al fin le miraba
al frayle que le hizo el coco,
y mojándole el hisopo
enseñábale su co...po
de lana que lavaba.

Volvila yo á visitar
como que la iba á ver,
y queriéndola ho...llar
se vino á ensoberbecer.

Para esta mi enfermedad
no se que remedio elija,
puesto que tengo la pi...erna
que me maltrata prolixa.

Enojada, echando berros,
sin reparar atenciones,
se me asió de los co...cheros
y les dió mil empujones.

A UN IMPOTENTE QUE A LOS TRES MESES DE CASADO NO HABIA PODIDO DESVIRGAR LA MUGER.

¿De qué te sirve el carajo,
pobre hombre que casaste
pero que no consultaste
las fuerzas de tu badajo?
Sin arbitrio de crecer
¿para qué quieres joder
á ese cuerpo delicado?
El que no es para casado,
que no engañe á la muger.
Sin manifestar su queja
ni pedir sus intereses,
ya hace más de tres meses.

virgen, tu triste pareja.
Si alguna noche maneja
la tripilla floja un rato,
cansada de tan mal trato
y admirándote tan quedo,
cansada se mete el dedo
y ofrece tu picha al gato.
Tu cuerpo helado no siente
el contacto de la esposa
y tu cuchillo reposa
sin hacer miedo á la gente.
Plácido é indiferente
olvidaste el relinchar,
y resuelto á no alterar
su quietud al triste bolo,
una paltraja es que solo
te sirve para mear.
Parecido á Rocinante,
siempre la cabeza baja,
cualquier motivo te ataja
para seguir adelante.
Ayer no hubo luz bastante
ni los colores te encorban,

no hay receta que no absorban
tu deseo y tu doctor:
para el que es mal jodedor,
hasta los pelos le estorban.
Secos estan tus cojones,
y, en vez de ponerlo tieso,
te gravan de inútil peso
arrugados y temblones;
las sustancias, los pichones,
la canela apetecida,
el marisco que convida
á trabajar á Priapo,
nada sirve, y como un trapo
no das un signo de vida.
Más que la sobes sus tetas
y palpes su grueso culo,
y más que sin disimulo
te toques dos mil puñetas,
más que ella sobre ti se eche,
jamas tu miembro escabeche
levantará la cabeza
y no dará en su pobreza
ni media gota de leche.

A UNA MONJA QUE ME PREGUNTÓ QUE MANIA TENIA YO CON SU TOCA

Porque te toca la toca
la quisiera yo quitar,
y en cuanto intenta tapar
quisiera poner mi boca;
no fuera mi dicha poca
si en la toca me tocara,
pues aunque la reja avara
se niega al más entendido,
estaria yo estendido
sobre tus pechos y cara;
tocaria blandamente
tus mejillas sonrojadas,

y en tus pomas bien formadas
besara el pezon naciente;
si mirases á la gente
bajara á cubrir tus ojos;
mas si livianos antojos
borrasen aficion tanta,
te apretara la garganta
y saciara mis enojos.

DEFINICION DE LOS FRAYLES

SONETO

Comen y beben como brutos,
nos ponen muy caros los pescados,
el tocino, los jamones regalados,
el rico vino, los mejores frutos.
Son en un juycio tan solo astutos
para no estar jamas incomodados,
son muy fatuos, mal criados,
y, con capa de santos, disolutos.
Se huelgan con las hembras que les plaze,
predican malamente y á destajo.
Esto es lo regular que un frayle hace.
¡Para que diablo es tanto espantajo!
En que letargo nuestra España yace
que no los echa á todos al carajo!

EL PARÉNTESIS

SONETO

Lo menos bello y más apetecido,
lo nada hermoso y de todos deseado,
aquello que al deseo aspira osado
é invisible es gozándolo el sentido;
aquel rubi, aquel coral partido,
aquel no sé qué hermoso imaginado,
aquello que á la fuerza contrartado
á sangre rompe el gusto más rendido,
por lo que muere el hombre y nace el hombre,
lo que muda las penas en placeres,
por quien pierde la fama su renombre,
é imitando á la luna si lo infieres,
tiene meses y dias sin que asombre,
el paréntesis es de las mugeres.

PERFECCIONES QUE DEBE TENER UNA MUGER

La dama que se tenga por hermosa
y quiera se lo llamen, no una cosa,
dos, tres, ni cuatro buenas tener debe,
porque treinta han de ser para que pruebe
que como Elena fué; y si es como Elena,
llámese hermosa muy enhorabuena.
Ha de tener con perfeccion tres cosas
que blancas sean, negras tres preciosas
(ya sé que las verdades son amargas),
tres que sean cortas, tres que sean largas,
tres gordas, tres flacas ó tres delgadas,
tres estrechas, tres anchas, y que añadas

tres que pequeñas sean te prevengo;
ahora vamos á ver si razon tengo.
Blancos ha de tener cutis y dientes,
y su cabello albino, qual las gentes
de la Noruega, que si bien se miran
más hácia á blancas que hácia rubias tiran.
Negras cejas, las niñas de los ojos,
y negra aquella parte que sonrojos
causará á la modestia si hablo fino,
pero empieza con *co*, como comino.
Rubicundos los labios, las mejillas,
y las uñas tambien seran rojillas,
Largos el talle, manos y cabello;
chicos dientes, orejas, y pie bello.
El pecho (en singular) ancho bastante,
una ceja de la otra ancha y distante,
y anchura tengan las dos partes bellas
que nadie se podrá sentar sin ellas.
Estrecha la boquita y la cintura,
estrecho el canalon de la dulzura,
lo más oculto y lo menos ignorado,
mas no quiero nombrarlo que es pecado,
Los muslos carnositos, gordo el cuello,

y palpadito sea tambien aquello
que es la boca de aquella que, aunque casta,
más que madre de Vms. es madrastra.
Los labios, dedos y cabellos, noto
que han de ser tan sutiles como escoto;
pequeña la nariz y la cabeza,
y pequeñitas, pero con dureza,
las manzanitas dos que si tapadas
nos tientan tanto, ¿qué seran tentadas?
Véase, pues, si siendo tan ajeno
de posibilidad, que alguna el lleno
pueda tener de tanta y tanta cosa,
aquella puede, sí, llamarse hermosa.
Y cuando la haya habido, es cosa clara
que como el fénix, se ha de llamar rara.

ÍNDICE

FÉLIX MARIA SAMANIEGO

CUENTOS FESTIVOS

		PÁG.
1.	La receta	5
2.	La reliquia	10
3.	Los gozos de los escogidos	14
4.	Las gollerias	18
5.	La postema	21
6.	El voto de los benitos	26
7.	El cuervo	30
8.	La campanilla	33
9.	El piñon	34
10.	La medicina de San Agustin	39
11.	El raygon	43
12.	El reconocimiento	49
13.	Diálogo entre un tio y un sobrino	54
14.	Las entradas de tortuga	56

PÁG.

15. Los reloxes del soldado 61
16. El pais de afloxa y aprieta 66
17. Al maestro cuchillada 73
18. El ajuste doble 80
19. El cabo de vela 84
20. Diógenes en el Averno 89
21. La poca religion 93
22. El loro y la cotorra. 97
23. Las lavativas. 100
24. El cañamon 103
25. La penitencia 105
26. La procuradora y el escribiente 108
27. El sueño 111
28. El ciego en el sermon. 114
29. El conjuro 117
30. La fuerza del viento 120
31. La sentencia justa 124
32. Once y trece. 127
33. La oracion de San Gregorio 132
34. A Roma por todo 136
35. El Onanismo 139
36. El ¿pues y qué? 142
37. La paga adelantada. 145
38. Modo de hacer pontifices 147
39. Las bendiciones de aumento. 150
40. Los calzones de San Francisco 158
41. La peregrinacion 161

PÁG.

42. El resfriado 165
43. El panadizo 168
44. La linterna mágica. 172
45. Los nudos 175
46. La limosna 180
47. Cualquiera cosa. 183

FÉLIX MARIA SAMANIEGO

POESIAS VARIAS

48. El cura y el muchacho 189
49. La mercadera y el tuno 191
50. La confesion. 193
51. El brocal 194
52. El sombrerero 196
53. El sueño 197
54. El frayle y la monja 199
55. Sin título. 201
56. Dora y Dido. 207
57. Seguidillas 209
58. Coplas del pájaro 212
59. Décimas 215
60. Soneto á Nice 218
61. Soneto de Manuel 219
62. Las hijas del pobre. 220
63. Antonio y Pepa. 221

TOMÁS DE YRIARTE

POESIAS VARIAS

PÁG.

64. Perico y Juana 227
65. La resistencia, soneto 236
66. La semana adelantada, soneto 238
67. Soneto moral y alegórico. 239
68. Seguidillas 240
69. Octava 242
70. Letrillas 243
71. Aux François 248
72. Epigrama. 249
73. A Roque 250
74. Ocho versos 252

POESIAS ANÓNIMAS

75. A una dama que fingia desdenes, soneto. 255
76. A una dama que preguntó al autor que era lo que más le gustaba en su persona, soneto 256
77. La protesta, soneto. 257
78. A Filis, soneto 259
79. El sueño con una dama, soneto. . . . 260
80. El miembro incansable, soneto 261
81. Cálculo de un padre lector, soneto . . . 262

PÁG.

82. El cornudo, soneto. 263
83. El español castizo 264
84. Efectos de la embriaguez 265
85. De un cura 266
86. La vieja 267
87. El inquisidor 268
88. El abad y el monje. 269
89. Los amantes 270
90. Un oficial 271
91. La embarazada 272
92. Blas y Lorenza 273
93. Epitafio al sepulcro de una alcahueta . . 275
94. Mi dama 276
95. A un impotente que á los tres meses de casado no habia podido desvirgar la muger 278
96. A una monja que me preguntó que mania tenia yo con su toca 281
97. Definicion de los frayles, soneto . . . 283
98. El paréntesis, soneto 284
99. Perfecciones que debe tener una muger . 285

ÍNDICE ALFABÉTICO

DEL PRIMER VERSO

	PÁG.
A cierta moza un húsar (y no es cuento). . .	124
A casa de una moza un estudiante	80
A los pies de un devoto franciscano	196
A media noche muchos gritos daba.	158
A pedir la limosna acostumbrada	180
A un alcalde de corte á presentarse.	142
A un viejo inquisidor es presentada	268
Allá en tiempos pasados	73
Aquí dormida en eterna modorra	275
Ardiente una muchacha el otro dia.	219
Aunque dicen no hay gusto	209
Ay, que fiesta	243
Ay, Roque, que gordo corre	250
Baxando una embarazada	272
Casarse una soltera recelaba	175

PÁG.

Casóse Dora la bella 207
Casóse el mayordomo 240
Cierta joven soltera. 100
Cierta viuda bella y melindrosa 103
Comen y beben como brutos. 283
Compró un turco robusto. 34
Con licencia, señora, de ese pelo 256
Con un robusto frayle Carmelita 127
Confesándose un soldado 193
Cuando estoy del amor, Filis, picado 259
De cierto procurador 108
De histérico una monja padecia 5
De las entrañas de un roble 201
De qué te sirve el carajo 278
De un lego acompañado 117
Dieron aloxamiento 61
El cínico Diógenes de Atenas. 89
El modo de curar una postema 21
El Pajarito, madre 212
El pozo de los padres trinitarios. 194
En casa de un labrador 273
En el comun de un rústico convento 262
En la ciudad que riega Gualmedina 39
En la crítica ocasion 189
En la Puerta del Sol, segun costumbre. . . . 93
En lo interior del África buscaba 66
En un carro manchego 30

PÁG.

En un dia muy festivo. 191
En una corta aldea el jueves santo 120
Eres negra como un grajo. 252
Eres un largo y colosal carajo 261
Esta noche, Dorila, yo soñaba 260
Estaba casado Anton 197
Estaba una señora desauciada 56
Estando fornicando el otro dia 264
Franceses hablais de un modo 248
Fue á consultar á un padre jubilado 105
Hágote señas yo desde el balcon. 270
Hallándose cortejando 199
Hermano Juan 265
Iba á Jerusalen acompañada 161
Iba un guardia de corps, lector amado. . . . 14
Je ne viendrai jamais à bout. 248
La dama que se tenga por hermosa. 285
Lo menos bello y más apetecido. 284
Mandó á Madrid venir de la montaña 54
Mientras ausente estaba 43
Montada en la trasera de su mulo 165
No disimule más la relamida. 255
No te quexes, o Nice, de tu estado. 218
Oye, Apolo, mi acento. 18
Porque te toca la toca 281
Predicaba un gilito en su convento. 114

PÁG.

Preguntaba un carpintero. 249
Preguntó en el Paular un forastero. 33
Que entre en mi casa gente que á mi esposa. . 263
Quien goza de tu ardiente delantera 242
Reniego de las zorras callejeras. 257
Reñia una casada á su marido 150
Reprendia el abad á un perezoso. 269
Salió muy de mañana 84
Señor D. Juan, quietito, que me enfado . . . 236
Si yo he de quererte bien 221
Tenia cierta vieja de costumbre. 267
Tenia una doncella muy bonita. 97
Traia cierto pobre vergonzante 220
Un confesor gilito 10
Un convento exemplar benedictino. 26
Un cura á sus feligreses 266
Un cura y su criada en una aldea 132
Un dia con Perico riñó Juana 227
Un gordo capuchino confesaba 168
Un joven arriscado. 147
Un novicio tenia en su convento 172
Un oficial, en lágrimas deshecho 271
Un payo á confesarse á Madrid vino 136
Un tio enfermo y en edad anciana 238
Un zagalon del campo. 139
Una abadesa en Córdova ignoraba 48

PÁG.

Una fe con testimonio. 215
Una noche de Enero 183
Una soltera muy escrupulosa. 145
Vivian una vez, y va de cuento. 111
Yo he visto al rededor de una gran mesa . . . 239
Yo tengo una dama al uso 276

Tirada
de
cien ejemplares